

# Debates contemporáneos | 1 en la prensa internacional



Autoridades provinciales

Gobernador  
Ing. Felipe Solá

Director General de Cultura  
y Educación  
Prof. Mario Oporto

Subsecretaria de Educación  
Prof. Delia Méndez

Subsecretario Administrativo  
Lic. Gustavo Corradini

Vicepresidente 1°  
del Consejo General  
de Cultura y Educación  
Prof. Jorge Ameal

Auditor general  
Cdr. Horacio Landreau



**Dirección General de  
Cultura y Educación**  
Gobierno de la Provincia  
de Buenos Aires

## Debates contemporáneos en la prensa internacional

Publicación periódica de la Dirección General  
de Cultura y Educación  
año 1 | número 1 | octubre 2005  
Calle 13 y 56 (1900) La Plata, Provincia de Buenos Aires,  
Argentina  
Tel. (+54 221) 4297600 /e-mail: dirgab@ed.gba.gov.ar  
www.abc.gov.ar

## Sumario

Reflexionar sobre los problemas, más allá de las coyunturas .....	3
Cultura del miedo versus cultura del compromiso ciudadano .....	4
Irak y el contraste entre el discurso y la realidad ....	7
El <i>diseño inteligente</i> en la escuela .....	10
Migración: un termómetro de la inequidad .....	12
El significado de una Turquía europea .....	14
Partidos e Iglesia en Italia .....	16
Mirada francesa sobre inmigración y derechos humanos .....	18
¿Hacia dónde va el capitalismo? .....	21
La relación entre laicos y católicos en Italia .....	24
Apreciaciones de Brzezinski sobre la política exterior de EEUU .....	26
La Alemania que espera a Merkel, desde una perspectiva británica .....	29
Mirada francesa de la sociedad post-industrial .....	32
¿Se encamina Italia hacia el bipartidismo? .....	35
Crítica laborista al Laborismo privatizador .....	38
¿Hacia dónde va el modelo social europeo? .....	40
El futuro del modelo sueco .....	42
El papel del Congreso en la guerra contra el terror	45

*Debates contemporáneos en la prensa internacional* compila los comentarios elaborados diariamente por el asesor Lic. Leandro Reboiras, desde la Jefatura de Gabinete de la DGCyE. Quienes tengan interés en recibirlos regularmente podrán solicitarlos a dirgab@ed.gba.gov.ar, detallando nombre y apellido, institución y correo electrónico.

Las opiniones vertidas en esta publicación, que no ha sido sometida a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad del autor y en ningún caso constituyen la posición oficial de la DGCyE.

Diseño: SSE/Área de Publicaciones

# Reflexionar sobre los problemas, más allá de las coyunturas

Prof. Mario Oporto

La importancia de la lectura a la hora de informarse es innegable. No es lo mismo *ver* lo que ocurre en el mundo a través de un noticiero televisivo que acceder al conocimiento de causas y perspectivas mediante un *análisis crítico* basado en una bibliografía adecuada y más amplia. Pero también es cierto que los ritmos de nuestra actividad cotidiana a menudo nos impiden detenernos a explorar y seleccionar las fuentes desde las cuales reflexionar acerca de la realidad.

A partir de inquietudes como estas, hemos centrado el interés y la atención de *Debates...* en aquellos temas y problemáticas que, más allá de la coyuntura o escenario concreto en el que se desarrollan, llevan también aparejadas preocupaciones vinculadas con la vida en sociedad, la promoción y defensa de los derechos humanos, los valores democráticos, la responsabilidad ciudadana, el buen gobierno, el desarrollo con equidad, la convivencia pacífica de los pueblos y el cuidado del medio ambiente, entre otras cuestiones.

En este sentido, y en función de esos ejes fundamentales para comprender lo que ocurre –y nos ocurre–, la elección de los artículos que se comentan está guiada por criterios de calidad editorial, de solvencia de quien los escribe y de originalidad del enfoque. Se trata de textos que, más allá de la brevedad que caracteriza al discurso periodístico, plantean con precisión, seriedad y contundencia visiones alternativas y matices sustanciosos con respecto al pensamiento dominante.

Nuestra apuesta supone, entonces, un trabajo minucioso de búsqueda, selección y –en muchos casos– traducción, con el objetivo de facilitar el acercamiento a puntos de vista habitualmente más distantes de la mirada cotidiana sobre los medios de comunicación masiva.

# Cultura del miedo versus cultura del compromiso ciudadano

**La historiadora británica Joanna Bourke advierte sobre el retroceso de las libertades democráticas que está ocurriendo en algunas sociedades occidentales como respuesta al fenómeno terrorista.**

Si bien Occidente puede enorgullecerse de ser la cuna de valores como los derechos humanos, la democracia y la libertad, también lleva a cuesta las atrocidades cometidas por las potencias coloniales y los regímenes totalitarios, así como las que todavía se cometen en distintos lugares de un mundo donde los contrastes entre ricos y pobres son cada vez más escandalosos. Hace tiempo que se abandonó el viejo optimismo positivista del progreso indefinido de la humanidad. Sin embargo, y a pesar de los horrores de los que el siglo xx fue un copioso muestrario, el género humano sigue guardando una luz de esperanza en el sentido de que las grandes tragedias producidas por los hombres han obligado a plasmar –al menos en la normativa, en los tratados internacionales y en la conciencia general– los recaudos éticos y legales para que en el futuro nunca más ocurran. A pesar de que el futuro que imaginaron quienes

nos legaron nuestros valores fundamentales continúa siendo un presente lleno de horrores y de males infligidos por unos seres humanos a otros, así y todo, siempre es mejor que los derechos humanos y los valores democráticos existan. De esta manera, todo aquello que la humanidad ha podido plasmar a lo largo de su historia en defensa de su dignidad continúe escrito con todas las letras, con la esperanza de que algún día de un mañana no muy lejano dejen finalmente de ser papel mojado y se respeten hasta en el último rincón del planeta.

La irrupción del terrorismo de corte fundamentalista parece provocar, sin embargo, un retroceso significativo en lo que respecta a la consagración normativa de los valores por los que las sociedades occidentales vienen bregando desde la Ilustración. Un claro ejemplo de ello es la restricción de libertades que han significado la aprobación de los *patriot acts* en EEUU y las iniciativas

para reformar la legislación antiterrorista en Gran Bretaña.

A propósito del cariz que están tomando las iniciativas legales para combatir el terrorismo en ese país, el diario británico *The Guardian* publicó una columna crítica de Joanna Bourke, catedrática de historia del Birkbeck College y autora del libro *Miedo: una historia cultural*. Dice Bourke que la pregunta más sustancial en nuestros días es: ¿hay seres humanos más humanos que otros? En la práctica –explica–, tanto en casa como en el exterior, la respuesta de los británicos ha sido un rotundo sí. “Nuestra misión civilizadora durante el Imperio, lamentablemente, resultó en la muerte violenta de millones de personas. Hacia adentro nos hemos vuelto lo suficientemente ciegos como para no ver la tortura y los flagrantes errores de la Justicia”. Sin embargo –continúa Bourke–, la *guerra contra el terror* puede ser también una oportunidad para redescubrir el compromiso de la sociedad británica con los ideales de la Ilustración, incluida la creencia de que todas las personas nacen con igual dignidad y derechos. Tal compromiso parece haberse debilitado como consecuencia de los terribles atentados sufridos en Londres.

Más aún, una legislación antiterrorista escalofriantemente amplia está siendo debatida en estos momentos en el Reino Unido. Su espíritu y las medidas propuestas amenazan con criminalizar toda forma de disidencia y debilitar –advierte Bourke– los restantes derechos a la libertad de expresión. El miedo está siendo usado para silenciar la discusión política. Los líderes del laborismo intentan acallar agresivamente cualquier debate sobre Irak dentro del partido. Quienes se atreven a recordar

los abusos perpetrados por soldados americanos y británicos en Afganistán e Irak son tildados, de inmediato, poco menos que de traidores. “Lo grave del caso –afirma la historiadora británica– es que nos estamos acostumbrando a las formas bárbaras. Por supuesto, nos arreglamos para mantener las apariencias. La verborragia retórica llena de palabras como democracia, libertad, fundamentalismo y terrorismo crea una falsa sensación de certeza. Sin embargo, amenaza con arrastrarnos a la misma oposición moralista y sin matices que guía a los terroristas. También amenaza con volvernos ciegos a nuestros propios actos de violencia”.

El otro peligro que vislumbra Bourke en relación con el tipo de respuesta que se le dé al terrorismo tiene que ver con el riesgo y la tendencia de los británicos a definirse como una sociedad *traumatizada*. El estatus de víctima –explica– tiende a despolitizar las respuestas propias. El estoicismo deviene en apatía, las respuestas políticas colectivas son reemplazadas por otras más individualistas, tales como el aprendizaje de técnicas de relajación y una deliberada evitación de las situaciones estresantes (como la lectura de los diarios). Estas conductas terminan siendo más atractivas que el compromiso cívico. La tendencia “psicologizante” –advierte Bourke– no solo contribuye a la concentración del poder político, sino que también amenaza a la misma democracia.

Por otra parte, permanentemente se está diciendo que los jóvenes musulmanes son presa de un estado de alienación. Y el mismo concepto de alienación se utiliza para denominar al amplio universo de los infelices, lo cual resulta moralmente insostenible y por demás impreciso. Esta suerte de visión introspectiva fue también utilizada

en discusiones sobre la legitimidad de la tortura, continúa Bourke. La deportación de sospechosos a países en los cuales corren el riesgo de sufrir tormentos constituye una clara violación de las leyes británicas e internacionales. No obstante, se llegó al punto de escuchar a notables filósofos y juristas argumentando que, si las circunstancias fueran de tal gravedad que obligaran a aceptar como válidos tales métodos aberrantes, “al menos tendríamos el atenuante de sentir culpa por ello. La explicación esgrimida es que un estado psicológico interno como la culpa puede absolvernos de quebrar los cuerpos y las mentes”. Por supuesto –afirma la historiadora británica en forma contundente– que la prohibición inequívoca de la tortura bajo cualquier circunstancia tiene innegables costos, pero bien vale pagarlos. “Cuando negamos la humanidad y la dignidad de nuestros enemigos, renunciamos a lo más valioso y honorable de la tradición de la Ilustración y, a la vez, sentamos las bases para la creación de más *sub humanos*”.

De allí que, frente a los nuevos conflictos del siglo XXI, conducidos por terroristas

globales con metas políticas contradictorias y poco realistas, se necesita un nuevo paradigma de resistencia. La gran paradoja de esta nueva forma de Estado de guerra consiste en que nuestra supervivencia –explica– depende tanto de nuestra respuesta a los terroristas como de la que demos a los líderes políticos. “El activismo político de hoy debe orientarse a asegurar, fundamentalmente, que nuestros gobiernos no terminen minando los mismos valores que estamos defendiendo”. Si el miedo –advirtió Bourke– induce a los ciudadanos británicos a permitir que su gobierno introduzca progresivamente legislación represiva, habremos saltado del suelo firme de nuestros valores morales para caer en el abismo extremo que habitan los terroristas.

Más aún –concluye–, en un mundo global e interconectado, nuestras vidas están imbricadas con las de otros. La única respuesta viable en el largo plazo al fenómeno del terrorismo es, por tanto, el fortalecimiento de las libertades democráticas y la sustitución de la cultura del miedo por la de la responsabilidad ética y el compromiso ciudadano.

**Artículo de referencia:** Bourke, Joanna, “The politics of fear are blinding us to the humanity of others”, en *The Guardian*, 1º de octubre de 2005.

# Irak y el contraste entre el discurso y la realidad

**Benjamin y Simon observan que el discurso adoptado por EEUU y sus aliados, en la guerra contra el terror, pondría al descubierto la ausencia de estrategias sólidas para resolver la cuestión.**

Una de las características salientes de los tiempos políticos del mundo tiene que ver con la *devaluación* de la palabra, con la transmutación de su significado y con la degradación del discurso político. La política *a la vieja usanza*, como lo denominaba hace unos días el periodista español Josep Ramoneda en el diario *El País*, era aquella donde todo el mundo entendía cuando decían *sí* o cuando decían *no*. Se pregunta, entonces, cómo debe entenderse esta suerte de desplazamiento hacia la confusión. Y arriesga, como respuesta, que quizá sea una consecuencia del paso a un universo *pospolítico*: “en la medida que el poder cada vez está más en otras partes, la política se hace retórica y confusa porque de alguna manera hay que disimular la impotencia”. Sin embargo –reflexiona–, la política es palabra, y cuando la palabra no es clara, es difícil saber dónde estamos. Ya pocos se atreven a marcar los límites

de lo posible, porque también la política se ha vuelto *líquida, difusa, de perímetro variable*. Abundan los ejemplos al respecto y, para poner solamente uno y comprobar que algunos discursos están disociados de la realidad, nos bastaría con pasar los controles de un aeropuerto para comprobar si “el mundo es hoy mucho más seguro sin Saddam Hussein”.

A propósito, el diario norteamericano *Los Ángeles Times* publicó una columna sobre las características del discurso adoptado por la administración Bush y sus aliados en *la guerra contra el terror* de los escritores y periodistas Daniel Benjamin y Steve Simon. Estas serían reflejo, en última instancia, de una acuciante ausencia de estrategias para resolver la cuestión.

Días atrás, las fuerzas iraquíes y de la coalición anunciaban la captura y muerte del segundo dirigente más buscado de Al Qaeda en Irak, el asesino Abu Azzan,

lugarteniente del líder Al Zaraqawi y reputado, además, como el jefe del comando operativo de dicha organización terrorista en Bagdad. Aquellos que escucharon al presidente Bush dar la noticia –dicen Benjamin y Simon– bien podrían haber sentido, con todo derecho, que estaban experimentando un *dejá vu*. Hace apenas dos meses, un alto funcionario americano anunciaba la captura de Abu Abd Aziz, también *promocionado* como lugarteniente de Zaraqawi en la capital iraquí. Unos meses antes, oficiales del Pentágono proclamaban el arresto de Mohammed Khalif Shaiker y manifestaban que se trataba de la mayor derrota para la organización de Al Qaeda en Irak. En mayo pasado, además, fue arrestado Amar Zubaydi, otro lugarteniente de Zaraqawi, responsable de gran número de atentados con coche-bomba. En enero sucedió lo mismo con Abu Umar Kurdi, presunto arquitecto de las *tres cuartas partes* de este tipo de atentados.

En resumidas cuentas, fueron doce por lo menos los anuncios hechos desde principios del año pasado sobre arrestos o muerte de altísimos dirigentes de la organización terrorista en Irak. La reiteración de este ritual de anuncios no sería tan grave –observan los columnistas– si no fuera porque, simultáneamente, los resultados de las acciones emprendidas por los terroristas continúan siendo espantosas.

En este sentido, y frente a un discurso que difícilmente se sostiene de cara a la realidad, Benjamin y Simon reparan en tres hechos incontrastables:

- según la organización *Brookings Institution*, el mes de septiembre pasado tuvo más atentados fatales con bombas que ningún otro mes desde la invasión a Irak;

- el número de ataques suicidas se incrementó, hubo más en abril que en todo el año 2004. Más aún, el número de ataques ocurrido durante mayo llegó a igualar el total de atentados suicidas palestinos perpetrados desde 1993;
- los líderes militares recién ahora están tomando conciencia de lo que los analistas de inteligencia estuvieron diciendo desde hace un año: Zaraqawi y sus *jihadistas* ya son el elemento dominante en el movimiento de insurgencia iraquí, desplazando a los grupos *baathistas* y seguidores del antiguo régimen.

A la luz de todas estas malas noticias, los columnistas explican que no resulta sorprendente que en Washington exhiban cada captura y muerte como un signo inequívoco de progreso. De la misma forma presentaron la lucha contra Al Qaeda en todo el mundo. Los números que da la Casa Blanca no pueden ser confirmados de ninguna manera; más aún, los expertos en antiterrorismo aseguran que nada tienen que ver con la realidad. Lo más grave es que, tal como lo indican los atentados en Madrid, Londres y Sharm el Sheik, y la opinión de los expertos en el tema, tales cifras no pueden interpretarse, precisamente, como una disminución de la amenaza terrorista.

Resulta evidente –desde la perspectiva de los columnistas– que para derrotar a la insurgencia en Irak, así como al desafío de la *jihad* a escala global, EEUU necesita construir un discurso genuino, que pueda contraponer al de sus enemigos, cuyo punto más fuerte radica en denunciar a las fuerzas norteamericanas como ocupantes con el único fin de saquear las riquezas del país y suprimir la fe de su población. A pe-



sar de los reiterados alegatos de Bush y sus colaboradores en el sentido de que, según sus palabras, “estamos combatiendo una ideología del odio”, la realidad estaría mostrando que el discurso de EEUU todavía se estructura y dirige contra personas individuales y, por tanto, mide sus progresos solo en función de ello. De este modo –explican Benjamin y Simon–, se alimenta la noción de que los oponentes son finitos en número y que, algún día, desaparecerán.

Una verdadera estrategia debería apelar a la amplia gama de capacidades diplomáticas disponibles que permitan ganar aliados

entre los moderados del mundo musulmán y conducir a los países no musulmanes a resolver las disputas (en Cachemira, Indonesia, Chechenia, Palestina y Tailandia, para mencionar las más conocidas) que alimentan la militancia radical. Este camino –concluyen los columnistas– estaría basado en el entendimiento de que la diplomacia pública no va a cambiar casi nada de las dinámicas fundamentalistas que subyacen al fenómeno terrorista contemporáneo. Quizá sea muy tarde para hacerlo en Irak pero, mientras la *jihad* se expande, la urgencia por una aproximación estratégica sigue creciendo.

**Artículo de referencia:** Benjamin, Daniel y Simon, Steven, “How not to win war on terror”, en *Los Ángeles Times*, 3 de octubre de 2005.

# El *diseño inteligente* en la escuela

**Los Angeles Times** editorializa sobre  
la enseñanza de la teoría del *diseño inteligente*  
en las escuelas y el antagonismo entre  
conocimiento científico y creencia religiosa.

La enseñanza del *diseño inteligente* (DI) en los colegios de algunos estados norteamericanos continúa siendo motivo de controversia y debate. Recientemente, un grupo de padres presentó un recurso contra la decisión de un establecimiento educativo del Estado de Pensilvania de introducir el concepto de DI en las clases de ciencia, en pie de igualdad con la teoría de la evolución.

La radicalización de las posiciones –en este como en tantos otros temas– suele redundar en el empobrecimiento de los debates y en el fortalecimiento de los grupos más intransigentes, en detrimento de los moderados y de quienes aportan una visión más matizada de los problemas.

Sin ignorar la utilización que los grupos conservadores cristianos están haciendo del tema, el rechazo sin más que desde algunos sectores se hace del DI podría llegar a entrar también en el plano de la

intolerancia religiosa, en tanto esta idea forma parte de las convicciones y las creencias más íntimas de gran parte de los norteamericanos. Más aún, hasta sería legítimo que su enseñanza estuviera presente en los colegios. Donde sí no debería haber confusión alguna es en el lugar desde el cual se lo enseñe.

Las convicciones religiosas no son menos respetables por no tener un carácter científico, como tampoco lo son las reflexiones de la filosofía. Pero son lo que son y, por tanto, su lugar no puede estar entre las asignaturas científicas, como tampoco podría enseñarse ciencia en los programas de literatura.

*Los Angeles Times* dedicó uno de sus editoriales a esta polémica que sigue generando intensos debates en la sociedad norteamericana. Explica que, contrariamente a lo que sostienen los impulsores del DI, la teoría de la evolución no supone

un rechazo inherente a la posibilidad de la existencia de Dios. El problema de enseñar los enunciados del DI como una teoría científica –agrega– radica en que ni siquiera ellos se proponen serlo, puesto que se presentan en primer lugar como una creencia religiosa. Sostienen, literalmente, que tiene que haber existido una intención inteligente detrás de la creación de la vida.

La ciencia se ocupa de observar el mundo físico –continúa explicando el diario norteamericano–, de desarrollar teorías sobre cómo funciona y de ponerlas a prueba. La ciencia no es, por tanto, ni atea ni creyente. Aquellos que estudian las teorías de Darwin observan y describen la vasta evidencia de que las criaturas vivientes se adaptaron mediante una mutación aleatoria. A partir de dicha evidencia, algunos concluirán que Dios no existe; otros, por el contrario, que solo un Creador maravilloso puede estar detrás de un mundo que cambia y se reequilibra en forma tan compleja. Ambas visiones son válidas –continúa– pero, tanto una como la otra, arriban a conclusiones que no pueden ser sometidas a pruebas científicas, porque pertenecen al dominio de la filosofía, o de la religión, pero no de la ciencia.

La frustración de los grupos religiosos es, a menudo, comprensible –dice *Los Angeles Times*–, pues las escuelas no tienen problemas en enseñar los mitos griegos en la clase de literatura pero rechazan explicar los relatos bíblicos. Del mismo modo, los estudiantes pueden escenificar ceremonias indígenas nativas para entender mejor sus culturas, pero los profesores rehuyen a explicar lo que se celebra durante la Navidad. Ello se debe, en parte, a la objeción de las minorías religiosas; pero también porque

algunas facciones cristianas objetan la enseñanza de la teología separada de la *verdad divina*.

Entonces, se trata de un campo de estudio sumamente rico, tanto para la filosofía como para la literatura –concluye el diario californiano–, y existen caminos válidos para enriquecer la comprensión y el respeto de los estudiantes por todas las creencias religiosas. Además, debe haber un espacio público y un tiempo para uno de los textos seminales de la cultura occidental, pero no en la clase de ciencias.

**Artículo de referencia:** “Designed and confused”, *Los Angeles Times*, 4 de octubre de 2005.

# Migración: un termómetro de la inequidad

**A partir de los incidentes en Ceuta y Melilla, Bernabé López García reflexiona sobre la eficacia de las políticas migratorias, de carácter policial, implementadas en algunos países europeos.**

Las imágenes recientes de inmigrantes subsaharianos intentando saltar las vallas que separan a los enclaves españoles de Ceuta y Melilla en África constituyen un dramático recordatorio del aumento de los contrastes entre la opulencia de los países ricos y la miseria de los países pobres. Pobreza, desesperanza y riesgo de muerte son los ingredientes que, combinados o solos, suelen determinar la decisión de migrar de los grupos de población. La inequidad está en la raíz de estas situaciones extremas y en el origen de los flujos migratorios que se desplazan de país en país y de un continente a otro. La globalización –que principalmente se manifestó en la circulación del capital o de la información– encuentra su contracara en la esfera de la movilidad de la fuerza de trabajo con trabas y restricciones. Aquellos que logran traspasar las murallas e ingresar en tierras más prósperas deben resignarse, en la mayoría de los casos, a vivir y trabajar en forma irregular, en condiciones

precarias –pero mejores que las de sus lugares de origen– y con el riesgo permanente de ser descubiertos y deportados.

En relación con estos hechos, *El País* publica una columna de Bernabé López García, catedrático de Universidad Autónoma de Madrid. Allí, el autor reflexiona sobre la eficacia de las políticas migratorias de carácter policial implementadas hasta el momento en la mayoría de los países europeos, y sobre la necesidad de un replanteo profundo en la materia. Dice López García, con ironía, que quizá sean doce los metros de altura que necesita la valla fronteriza para asegurarse que los subsaharianos que intentan traspasarla perezcan en el intento y, de este modo, no haya que usar métodos represivos que les causen lesiones por parte de las fuerzas de seguridad. “Esta parece ser la lógica que preside el tratamiento de este inmenso drama, mostrando que no se nos ocurre otra salida que cerrar los ojos, impotentes ante la certeza

de que detrás de los que llegaron vendrán otros, y el cinismo de que quizá desistan ante la altura de ese muro vergonzoso que hemos establecido entre el bienestar y la miseria”.

En realidad –exlica–, quienes recorren tres mil o cinco mil kilómetros para llegar a las puertas de la esperanza no se intimidarán ante la altura del muro e imaginarán nuevos métodos para perforarlo hasta poder llegar a Europa. Recientemente, se escucharon voces que piden reconsiderar la política de inmigración –en un sentido más represivo– y que se ejerza presión sobre Marruecos para que *nos proteja* de este incómodo problema. El inconveniente radica en que no dejan claro qué desean que haga Marruecos con los migrantes, si detenerlos, expulsarlos, concentrarlos en campos o arrojarlos a la tierra de nadie que los separa de Argelia por la que vinieron. Otros –continúa López García–, que tampoco miran más allá de la valla porque su horizonte se reduce a sus cuatro paredes, exigen al gobierno que endurezca la política social hacia los inmigrantes para lanzar un mensaje a los candidatos a emigrar de que no les va a resultar tan fácil lograr su cometido. Pocos se imaginan si habrían soluciones diferentes, que no sean militarizar esos perímetros fronterizos, y que costaran menos que la condena inapelable a la desesperanza de quienes quieren huir de unas condiciones de vida indignas del ser humano, de las que no son individualmente responsables.

En este sentido –explica–, varios estudiosos del fenómeno migratorio demuestran que la aceleración de las migraciones en Europa se produjo a partir del cierre de las fronteras decidido por los países europeos en 1973-1974 ante la amenaza de la crisis económica y la impopularidad de un

fenómeno que generaba manifestaciones de racismo. Precisamente, un cierre que produjo lo contrario de lo que pretendía. En realidad, habría provocado la *sedentarización* de un movimiento que hasta entonces era temporario, conformado por una inmigración que se beneficiaba de unas fronteras fluidas que permitían mantener a las familias en el país de origen. Entonces, cabría preguntarse –agrega López García– si el crecimiento de los flujos migratorios es hijo de una lógica que, al dejar atrapado dentro de las fronteras a quien logró penetrarlas clandestinamente, no le brinda otra alternativa que atraer hacia él a quienes dejó lejos. Sin embargo, regular los flujos no significa abandonarlos a la anarquía total en que hoy se mueven, a merced de traficantes y de la obsesión –que se incuba en sociedades pauperizadas– de que no hay otra salida que Europa. La idea de crear *estados-tapón*, que frenen la inmigración que la opinión pública de los países ricos rechaza –pero sus economías desreguladas necesitan–, no solo se reveló inútil, sino que somete a sus sociedades a un ciclo perverso donde empieza a pulular el racismo.

Habrà que encontrar –concluye López García– fórmulas menos costosas en vidas humanas, y quién sabe si también en dispositivos de seguridad que tienen no solo un enorme coste económico sino, sobre todo, ese coste de imagen de hacer de Europa una tierra egoísta, insolidaria y miedosa. “Entre tanto, ese muro real se ha cobrado nuevas vidas, mientras todos escondemos la cabeza debajo de nuestras alas”.

**Artículo de referencia:** López García, Bernabé, “Pértigas de esperanza”, en *El País*, 5 de octubre de 2005.

# El significado de una Turquía europea

**Timothy Garton Ash analiza el significado que la incorporación de Turquía tiene para el futuro de la Unión Europea y, especialmente, para el progreso democrático en el mundo musulmán.**

En la polémica por la incorporación de Turquía a la Unión Europea, subyace una discusión profunda sobre el proyecto y dirección definitiva a tomar por la experiencia de integración más exitosa de la historia del Estado moderno. La idea de un *súper Estado* federal y burocratizado, con derecho de admisión restringido y manejado desde Bruselas, genera controversias en quienes aspiran a conformar una comunidad de naciones europeas con criterios de ingreso laxos y donde la burocracia centralizada tenga un rol menos relevante, con más soberanía para los gobiernos nacionales. La misma discusión surgió en Francia y Holanda en las campañas por los referendos para aprobar el proyecto de una constitución para la Unión Europea.

Timothy Garton Ash analiza el significado que tiene la incorporación de Turquía para el proyecto europeo y para el progreso democrático en el mundo musulmán. Esta

semana –afirma– la Unión Europea eligió ser una gran comunidad y no un *súper Estado* restrictivamente europeo y marcadamente conservador. El principal efecto de la apertura de negociaciones con Turquía es ampliar la línea de frontera, para asegurar al resto de los países europeos del este que podrían formar parte del grupo. Es una ironía de la historia –dice el columnista– que el otrora Imperio Otomano, ocupante hasta el siglo pasado de gran parte de los Balcanes, abra las puertas de la Unión Europea a algunas de sus antiguas colonias. El precio para que Austria depusiera su bloqueo al ingreso turco fue que las negociaciones también se encaminaran para Croacia. Desde esta perspectiva, cuando los países balcánicos estén adentro, reclamarán el ingreso de sus vecinos, tal como Polonia presiona por una promesa de ingreso a Ucrania. La misteriosa alquimia de la ampliación consiste en transformar antiguos enemigos en patrocinadores. Por ejemplo, Alemania fue el

promotor de la membresía polaca y Grecia es un enérgico impulsor del ingreso turco. Más allá de que Turquía logre o no incorporarse en la próxima década, para el 2015 la Unión Europea cubrirá la mayor parte de lo que históricamente se consideró como territorio europeo y contará con un número de 32 a 37 Estados-miembro.

Garton Ash afirma que solo un obcecado podría suponer que una Unión Europea de tal amplitud y diversidad llegará a convertirse en un *súper Estado* napoleónico, federal, centralizado y burocrático. Por eso, quienes todavía aspiran a unos *Estados Unidos de Europa*, consideran que el lunes 3 de octubre (inicio de negociaciones con Turquía) fue un día aciago para el continente. Por otra parte –continúa–, y para expresarlo burdamente, podría decirse que los británicos *odiaban* el proyecto constitucional porque creían que terminaría creando una Europa francesa, mientras que los franceses *odiaban* la ampliación porque pensaban que era el camino hacia una Europa británica. El lamento francés después del rechazo refiere que, a instancias de los británicos, la ampliación transformará a Europa en una gran área de libre comercio. Sin embargo –advierte el columnista–, no es ese el pensamiento del gobierno inglés. Contrariamente a lo que auguran, la Europa ampliada será más que un área de libre comercio o, de lo contrario, no será nada. Las perspectivas apuntan a una entidad que esté lejos y por delante de una zona de libre comercio, pero por detrás y equidistante de un *súper Estado* centralizado. Podría describirse a esta comunidad política continental sin precedentes como una mancomunidad, explica Garton Ash usando la palabra inglesa *commonwealth*.

Si bien cree que –por su conformación histórica y cultural bicontinental– lo natural

hubiese sido dar a Turquía y Rusia un estatus como países asociados, el periodista indica que existen compromisos asumidos que la Unión Europea no puede desconocer. Durante más de 40 años se le prometió a Turquía que formaría parte de ella. El ejemplo de Turquía, reconciliando a una sociedad mayoritariamente islámica con un Estado secular, resulta vital para el resto del mundo islámico, y no es un dato menor para los 15 o 20 millones de musulmanes que viven en Europa. Garton Ash pregunta: si los modelos salientes del mundo musulmán son Turquía e Irán, ¿a cuál habría que apoyar? El ingreso de Turquía debe entenderse como una excepción, y no como un precedente para Marruecos o Argelia. Por buenas razones la Unión Europea decidió incorporar una parte de Asia. Sin embargo, Europa debe garantizar, en primer lugar, que Turquía cumpla con los criterios de Copenhague por los cuales debe asegurar una democracia liberal estable, el respeto a la ley con igualdad entre hombres y mujeres, una economía de libre mercado, la libertad de expresión y el respeto por los derechos de las minorías. En segundo lugar, la opinión pública de los actuales países-miembro debe prepararse para aceptar una Turquía con plenos derechos. Tomará más de diez años de trabajo cumplir con ambas condiciones.

La Unión Europea –concluye Garton Ash–, sin llegar a comprender la real dimensión del paso dado, hizo algo trascendental esta semana. No eligió hacer de Turquía un miembro de la Unión solamente. Decidió que Europa será una mancomunidad y no un *súper Estado*.

**Artículo de referencia:** Garton Ash, Timothy, "How the dreaded superstate became a commonwealth", en *The Guardian*, 6 de octubre de 2005.

# Partidos e Iglesia en Italia

**El periodista Gianni Riotta analiza críticamente la actitud de los partidos políticos italianos en relación con la Iglesia Católica a la hora de defender o rechazar algunas iniciativas políticas.**

La tradición del pensamiento judeocristiano está presente en la raíz del desarrollo de la civilización occidental y ha contribuido a moldear, en gran medida, su identidad actual. De allí el peso que las opiniones y las tomas de posición de la Iglesia tienen, en general, en el mundo occidental y, particularmente, en países de antigua tradición católica. Esta cuestión se reflejó en los debates de hace poco más de un año cuando la Unión Europea discutía el preámbulo de su fallido proyecto constitucional, y los partidos de derecha e izquierda se alineaban en favor y en contra, respectivamente, de mencionar la “herencia cristiana” en el texto de la Constitución. No obstante ello, y a pesar de las reiteradas exhortaciones del anterior Pontífice a los gobiernos europeos, el proyecto salió finalmente sin alusión explícita y con la fórmula más ambigua de “la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa”.

La presencia institucional de la Iglesia en países como Italia y España –o en América Latina misma–, donde su imbricación histórica es indiscutible, se ve reflejada claramente en su participación en los diversos debates de la sociedad. La tensión en torno a los límites entre lo público y lo religioso, entre Estado e Iglesia, es el gran marco en el cual se desarrollan muchos de estos debates. La educación, los programas públicos de planificación familiar, la regulación normativa del divorcio, del aborto, del matrimonio homosexual y de la experimentación con células madre, son algunas de las manifestaciones más recientes de esta tensión.

Más allá del desarrollo y resolución de estos conflictos, no deja de ser interesante la dinámica de los actores políticos en relación con la Iglesia y sus tomas de posición. El diario italiano *Corriere della Sera* dedica a este tema su habitual columna de opinión de la portada. Gianni Riotta analiza



críticamente la actitud de los partidos políticos italianos y lo que denomina como la “teología del semáforo” que estos han adoptado. Explica Riotta que las dificultades crecientes del diálogo entre Iglesia y política en Italia se nutren de un tono decimonónico, sordo a la realidad del 2000. Lo que falta es prudencia, una virtud que escasea no solo entre sectores agnósticos y laicistas sino también, y muy a menudo, en el frente católico. El resultado es una discusión en la que la propia terminología utilizada, “laicos contra católicos”, revela su anacronismo.

Desde el punto de vista de Riotta, la mayor distorsión del debate radica en el *vía libre* concedido y denegado alternativamente –y según las circunstancias– a la Iglesia en relación con diversos temas sociales. Con la misma superficialidad con la que aluden algunos dirigentes a su propia fe, no pocos laicos tanto de derecha como de izquierda se rigen por el *semáforo ideológico*. Esto es, cuando las posiciones de la jerarquía católica coinciden con las suyas, enseguida les dan luz verde haciendo la vista gorda sobre posibles injerencias. Por el contrario, si la orientación de la Iglesia diverge del punto de vista propio o del partido, salta entonces la luz roja y se denuncia *ipso facto* la violación de la línea amarilla que debería separar a la Iglesia del Estado. De este modo, si la Liga del Norte –partido de centroderecha aliado del gobierno de Berlusconi– patalea cuando el Cardenal Tettamanzi invita con sabiduría pastoral a la compasión en la reforma de las escuelas islámicas, aplaude entusiasmada cuando otros prelados advierten sobre las amenazas a la institución familiar. Del mismo modo, los “jóvenes comunistas” citan la apasionada homilía de

Juan Pablo II contra la guerra en Irak, pero les resulta insoportable la postura crítica del *Osservatore Romano* a la píldora RU 486, más conocida como la píldora *del día después*. “Si los obispos marchan contra la pena de muerte, aplausos y silbidos. Si piden retirar a los marines, aplausos y silbidos. Si acogen a los inmigrantes, aplausos y silbidos. Si bloquean las uniones homosexuales, silbidos y batir de palmas. Las partes mutan según la ocasión”.

La Iglesia de Benedicto XVI sabe que constituye una minoría cultural y ha elegido actuar sin demora a favor de sus propias certezas, afirma Riotta. Quien se escandalice por ello no solo llega tarde a esta historia, tampoco ve cuánto debate, e incluso cuánto desconcierto, existe entre las filas católicas. La teología del semáforo –concluye el columnista italiano–, que consiste en dar o negar derecho de palabra a la Iglesia según la propia conveniencia, conduce al empanamiento intelectual. No solo niega a la sociedad un intercambio serio sobre problemas igualmente serios; dificulta también el diálogo entre laicos y católicos, un diálogo cuya riqueza no está en los eslóganes sino en las verdades más profundas.

**Artículo de referencia:** Riotta, Gianni, “La chiesa e il semaforo della convenienza”, en *Corriere della Sera*, 6 de octubre de 2005.

# Mirada francesa sobre inmigración y derechos humanos

**La frontera entre España y Marruecos  
es la más desigual de toda la Unión Europea.  
El sociólogo francés Sami Näir indaga  
las causas estructurales del fenómeno  
de la migración hacia Europa.**

Los dramáticos sucesos que ocurren en los enclaves nor-africanos españoles de Ceuta y Melilla son tan solo una pequeña muestra de las tragedias que en el tercer mundo padecen millones de personas sumidas en la más extrema miseria y en la indiferencia del resto del planeta. Porque, a no dudarlo, quienes trepan las alambradas que separan a España de Marruecos no son un grupo de inconformistas; son apenas, del total de desesperados, una pequeña proporción con la juventud y energía suficientes como para intentar huir del drama, aun a riesgo de dejar la vida en ello. Atrás han dejado a los más viejos, a los niños, a las mujeres, en fin, a aquellos más débiles todavía, que ni siquiera podrían sobrevivir las largas marchas a través de la hostil geografía africana. Hay un dato que es clave en la comprensión de lo que sucede: la frontera entre España y Marruecos es la más desigual de toda la Unión Europea y una de las más desiguales

del mundo. El PBI per cápita de España multiplica por 15 al de Marruecos –explica el economista español Íñigo Moré–, mientras que el de EEUU multiplica solo por 6 al de México.

Los medios de comunicación nos traen estos días, prácticamente a la mesa de casa, las terribles escenas de los desdichados que, esposados unos con otros, son cargados como ganado en autobuses que fleta el gobierno marroquí para descargarlos, sin más, en medio del desierto. De no hacer algo la comunidad internacional, allí seguirán muriendo muchos, despojados de agua, de alimentos, de atención médica, y de sus derechos humanos. Los diarios internacionales tienen también puesta su atención sobre lo que sucede en el norte de África. El viernes decía en su editorial el diario francés *Le Monde* que cada día, con riesgo de sus vidas, un tropel de inmigrantes intenta franquear las fronteras de Europa para huir

de la miseria a la que se saben condenados si permanecen en sus países de origen. “Sus dramas llaman la atención sobre la terrible situación de cientos de miles de hombres y mujeres culpables, solamente, de no haber nacido en las buenas latitudes, donde reina una relativa prosperidad. Este indecente reparto del mundo entre la extrema pobreza y la abundancia relativa ha llegado a ser insostenible”. El sábado, por su parte, el diario madrileño *El País* publicaba una columna del sociólogo francés experto en temas de migración, Sami Näir, en la que da cuenta de la previsibilidad de lo que está ocurriendo y de lo poco y mal que los gobiernos europeos han hecho para atacar la raíz de este verdadero drama humano. Dice Näir al respecto, que solo estamos al comienzo de la pulseada que opone a los solicitantes de asilo y a las autoridades de los países ricos de Europa. La frontera mediterránea –advierte– se parece cada vez más a la de EEUU con México, pues está cada vez más sembrada de víctimas. La opinión pública descubre de forma brutal la realidad: unos seres humanos prefieren morir en vez de seguir viviendo en la miseria y en la humillación. En este contexto –explica Näir–, la geografía convierte a España en el puesto más avanzado de la prosperidad. De este modo, la metáfora de la fortaleza asediada se vuelve más cierta que nunca. Europa ha decidido instalar campamentos en sus fronteras, y empieza a ver lo que cuesta en vidas humanas. Previsiblemente, Marruecos comienza a sufrir una fuerte presión por parte de la Unión Europea para que refuerce el control de sus fronteras, disuada y contenga a los emigrantes *subsaharianos* y, al mismo tiempo, los detenga en su recorrido migratorio hacia Europa. En definitiva

–dice Näir–, para que desempeñe el papel de *gendarme* de Europa.

El sociólogo francés hace una minuciosa descripción de la situación que deben atravesar los inmigrantes una vez llegados a Marruecos, de su paso por campamentos clandestinos, del acoso policial y de la delincuencia, y del abandono a su suerte mientras esperan la oportunidad para saltar la verja. Los arrestos y expulsiones arbitrarias –explica– son legión. Además, la mayoría de los inmigrantes ignora los trámites para solicitar asilo o no cree en ellos. Los medios humanos y materiales para garantizar este derecho son casi inexistentes. Sin embargo, muchos de estos emigrantes podrían beneficiarse legítimamente de la protección de la Convención de Ginebra. Porque, según varias fuentes, ONG y organizaciones caritativas, más de la mitad de estos refugiados han huido por motivos de persecución política, étnica o relacionados con una situación de guerra (guineanos, liberianos, congoleños, marfileños o senegaleses). Los demás están ahí por motivos económicos y para garantizar la supervivencia de su familia (nigerianos, malienses o camerunenses). Y resulta chocante, además, comprobar –agrega– que estos emigrantes, en su mayoría hombre jóvenes y a menudo con un nivel de instrucción bastante alto, son padres de familia y ejercían una actividad profesional que tuvieron que abandonar.

La pregunta que plantea, entonces, Näir es qué hacer al respecto. Por un lado, son indispensables medidas de fondo: ayuda al desarrollo, acción en las zonas de origen y prevención de los conflictos, entre otras. Pero aun en el hipotético caso de que los países ricos decidieran adoptarlas ya, no se puede esperar hasta que tales medidas

surtan efecto. Hay que actuar ahora y rápido, dice Näir. En primer lugar, es necesario que Europa deje de exigir a terceros países, como Marruecos, *resultados* en materia de expulsión; y sobre todo que no vincule la ayuda al desarrollo a la aceptación por los terceros países de este papel de gendarme. Porque, en los casos en que así ocurre, ello siempre se produce en detrimento de los refugiados, sobre todo en los países donde los derechos humanos son poco respetados, explica el francés. Si bien no es posible detener estos movimientos de población –concluye Näir– ni erradicar de la noche a la mañana la miseria y la desesperación que

los provoca, si es en cambio posible, e indispensable, hacer que se respeten los derechos humanos. Pues también los condenados de la Tierra tienen derecho al Derecho.

En el mismo sentido concluye el editorial de *Le Monde*, al señalar que Europa debe adoptar una actitud que finalmente no sea desentenderse de sus propias responsabilidades, cargándoselas a África, ni cerrar un poco más aún sus puertas a los africanos. Por el contrario, estas políticas deberían marcar el comienzo de un intercambio fluido entre los dos continentes, cosa que está lejos todavía, demasiado lejos en opinión del diario francés.

**Artículos de referencia:** *Le Monde*,

“A las puertas de Europa”, 7 de octubre de 2005; Näir, Sami, “Lo que ocurre allí”, en *El País*, 8 de octubre de 2005.

# ¿Hacia dónde va el capitalismo?

**José Vidal-Beneyto analiza la mutación  
ocurrida en el capitalismo durante los últimos  
años y la primacía de la lógica del capital  
financiero por sobre la del capital productivo.**

La crisis del Estado benefactor y, con él, del sueño de un capitalismo sustentado en el equilibrio entre la búsqueda del lucro y el bienestar económico de la población sigue siendo objeto de un intenso debate que lleva ya más de treinta años. La década de los 90 y la globalización han tenido como rasgos característicos la agudización de los procesos de concentración económica y, en la mayoría de los países, una redistribución regresiva de los recursos.

Podría decirse que la inequidad ha sido una de las marcas distintivas del capitalismo globalizado, no solo al interior de las sociedades nacionales (incluidas las de los países desarrollados) sino también, y especialmente, en la ampliación de la brecha que separa a los países ricos de los pobres.

Muchos han advertido a lo largo de los últimos años, y más aún desde la caída del Muro de Berlín, que la nueva etapa de un capitalismo sin contramodelos –agravada,

además, por una disminución marcada de la presencia del Estado en múltiples ámbitos de la vida económica y social– podría terminar debilitando, incluso, las bases de sustentación del Estado democrático.

La exacerbación de los rasgos más especulativos del capitalismo nos pone frente a una dinámica empresarial en la que las grandes compañías anuncian fuertes medidas de racionalización de personal a la vez que suculentos rendimientos financieros.

En relación con este tema, el diario español *El País* publicó el día 8/10 un artículo del columnista José Vidal-Beneyto, en el que explica la mutación ocurrida en el capitalismo durante los últimos años, mediante la cual la lógica del capital financiero termina primando sobre la del capital productivo. Dice Vidal que resulta difícil compartir la creencia de la Vulgata liberal conservadora en el sentido de que el mejor medio de contribuir al crecimiento

económico y la creación de empleo es promover el beneficio de las empresas y reducir el nivel de sus impuestos. Se trata, pues, de una creencia contraria a la práctica hoy dominante de las empresas, que anuncian grandes beneficios financieros a la par que su intención de reducir el número de sus empleados. A mediados del pasado mes de septiembre –continúa Vidal– Hewlett Packard publicó los datos económicos del año 2004, que arrojan un volumen mundial de negocios de 80 mil millones de dólares y un beneficio neto de 3.500 millones, con una progresión del 38,5%, al mismo tiempo que anunciaba la supresión de 10.500 empleos, lo que equivale al 10% de sus efectivos mundiales. Lo mismo hacía Mercedes Benz, con la supresión de 8.500 empleos y el anuncio de notables beneficios, y también el Deutsche Bank, para mencionar algunos ejemplos. Esta absoluta incongruencia con las pautas del capitalismo clásico, al querer disminuir la capacidad laboral cuando aumentan las ganancias, no es consecuencia de una especial perversión de los directivos de las empresas, sino de su impotencia, consecuencia de la lógica de la economía financiera que hoy prevalece en la vida económica. El modelo tradicional de la empresa –explica Vidal– comportaba tres actores principales: los accionistas, los directivos y los asalariados, de los cuales los directivos y los cuadros superiores formaban la tecnestructura que detentaba el poder real frente a los accionistas y a los empleados de base. El régimen *fordista* representante de este tipo de poder, que funcionó hasta los años 70, hizo posible que los mandos empresariales y los asalariados llegasen a acuerdos para organizar el reparto tanto de

la productividad como del valor agregado. Dicho modelo, calificado como de *stakeholder*, ha sido sustituido por el régimen de *shareholder*, que privilegia los intereses accionariales mediante la rentabilización de los fondos propios de las empresas, incrementando considerablemente el poder de los accionistas.

Lo que podría haber dado lugar a una verdadera democracia económica –continúa explicando Vidal–, con el poder repartido en múltiples manos, ha resultado imposible por la gestión colectiva del ahorro empresarial, que hace que los activos financieros de los particulares sean hoy administrados por empresas especializadas: los fondos de inversión o inversiones institucionales, representados por los fondos de pensiones, los fondos mutuos y las compañías de seguros. De tal manera que un número muy reducido de ellos controla un porcentaje cada vez mayor del capital de las empresas, en detrimento del anterior accionista popular basado en el pequeño ahorro individual. En los hechos ello se ha traducido en que el porcentaje de acciones poseído por los inversores institucionales en EEUU ha pasado del 5% en 1946 a más del 50% en 1996. Esta financiación de la gestión empresarial –agrega– ha constituido al valor accionarial (*shareholder value*) en el primer parámetro para medir el éxito de una empresa y ha llevado a la elaboración de nuevos sistemas de evaluación.

De este modo, las principales prácticas empresariales actuales –continúa el columnista de *El País*–, están dictadas por la voluntad de aumentar el valor accionarial: la compra y fusiones de empresas con el consiguiente aumento de la cotización en Bolsa; la concentración de la actividad de

las empresas en sus sectores más rentables (*re-engineering*) con la externalización de la producción de los servicios y productos menos rentables; la reducción del volumen de capital de la empresa (*downsizing*) con el fin de aumentar su rentabilidad por acción aunque las ganancias permanezcan constantes. Este primado de lo financiero, anticipado por Marx –señala Vidal–, fue descrito por Keynes en 1930 en su *Tratado sobre el dinero*. Allí explica que el desajuste entre la actividad económica

y las operaciones bolsísticas, se manifiesta sobre todo en que el aumento de los activos financieros es superior al aumento de precios de los bienes de consumo y de los salarios, lo que equivale a la transferencia implícita pero imperativa de la riqueza de la esfera productiva a la financiera.

Concluye Vidal-Beneyto advirtiendo que, frente a tal panorama, resulta evidente que las alforjas de lo social no caben en este viaje. Si esto es así, habrá que olvidarse entonces del crecimiento y del empleo.

**Artículo de referencia:** Vidal-Beneyto, José, “La Bolsa o lo social”, *El País*, 8 de octubre de 2005.

# La relación entre laicos y católicos en Italia

**Franco Garelli analiza esta relación en la que dos culturas con fuerte arraigo han sabido interpretar las instancias sociales emergentes y movilizar a la opinión pública.**

Italia es probablemente, junto con Polonia, el país de Europa en el cual la Iglesia Católica cuenta con mayor arraigo social. A diferencia del caso español, donde la histórica simbiosis de la Iglesia con el régimen franquista se tradujo en un acelerado proceso de secularización a partir de la transición democrática y, en la actualidad, en una escasa credibilidad social entre gran parte de los españoles, la Iglesia italiana tiene además una presencia institucional considerable en la vida pública de ese país. En este contexto, la discusión entre los límites de lo laico y lo religioso adquiere una dimensión especial y muy diferente del resto de las experiencias del Viejo Continente. La presencia de estos debates en los medios de comunicación es muy marcada y la toma de posición eclesial sobre diversos temas vinculados con la ética y la organización de la vida social constituyen una referencia ineludible para los actores sociales y políticos de la península. A propósito de ello, el diario *La*

*Stampa* de Milán publicaba el día 10/10 una columna del sociólogo italiano y catedrático de la Universidad de Turín, Franco Garelli, en la que observa una nueva etapa de tensión y conflicto en la relación entre laicos y católicos italianos. Dice que, históricamente, dicha relación ha estado marcada por mutuos acercamientos y alejamientos en función de las circunstancias, pero ambos expresan las dos *almas* culturales de Italia, caracterizadas por la suerte alternativa de interpretar a las instancias sociales emergentes y de movilizar a la opinión pública. La novedad de este tiempo, sin embargo, radica en una Iglesia con activa presencia en todo el campo de juego de la sociedad italiana, y que no pierde ocasión de decir lo que piensa sobre cuestiones que están en el centro del debate público y de las cuales depende el futuro de la sociedad. Lo que en realidad objeta una parte del mundo laico –explica Garelli– no es que la Iglesia exponga su pensamiento sobre aquellos



temas que considera socialmente relevantes, sino que vaya más allá de las cuestiones de principio y pase a indicar las posibles soluciones a los problemas. La mayor dificultad de dichos sectores –o quizá disgusto, desliza el sociólogo italiano– radicaría en un motivo más profundo: el consenso que la Iglesia italiana está ganando en la opinión pública y su renovada capacidad para abordar temas de gran relevancia social.

Desde la perspectiva de Garelli, lo que esta novedosa situación supone es la ruptura del paradigma que solía ver siempre a la Iglesia con el reloj de la historia atrasado, movida a instancias de fenómenos cuyo origen estaba siempre fuera de sus confines. Más aún –agrega–, hoy es el mundo laico el que parece haber sido desplazado de la batalla que la Iglesia está liderando en el terreno de los valores en Italia. En este sentido, la posición eclesiástica sobre estos campos refleja, en tiempos de incerteza generalizada y de crisis de las evidencias éticas, un sentimiento muy difundido en el país, que va mucho más allá de los confines del catolicismo organizado. El éxito obtenido por la posición abstencionista –apoyada por la Iglesia– en el reciente referéndum sobre procreación asistida es a criterio del sociólogo italiano una clara demostración de ello. Esta victoria de la Iglesia ha representado entonces una novedad en las batallas públicas que se han registrado en Italia. En este contexto –observa Garelli–, el éxito del último referéndum ha modificado la posición de una parte del mundo laico en su confrontación con la Iglesia: porque una Iglesia que se opone pero pierde es aceptable, pero ya no lo es tanto una Iglesia que se opone pero gana.

Lo que mueve, entonces, a la Iglesia desde hace unos años a esta parte –continúa explicando el italiano– es la batalla sobre los

valores, en la misma línea de lo que sucede con otras religiones históricas en varias partes del mundo. Desde su perspectiva, la Iglesia no quiere plegarse a la deriva que está arrastrando a la modernidad avanzada; deriva que llevaría al debilitamiento de los grandes sistemas de pensamiento y las tradiciones religiosas así como al cuestionamiento de la idea de verdad, al relativismo, al vacío ético y a la secularización de las conciencias. La Iglesia es conciente –dice Garelli– de que vive en una sociedad secularizada, pero está empeñada en afirmar el alto valor de su visión del mundo, para evitar la pérdida de las referencias fundantes. La posición de los laicos, en tanto, parece estar orientada a ratificar y promover en el campo de la ética una batalla libertaria y de tolerancia. En otros términos, de hacer de la afirmación de los derechos de los individuos un criterio guía de las políticas sociales.

En este contexto –advierte Garelli–, es importante que los laicos nos recuerden que vivimos en una sociedad pluralista, que sobre los temas de la vida y de la familia se debe tener en cuenta a católicos y no católicos, a creyentes y no creyentes, y que cualquiera sea la opción legislativa en estos campos, ella no puede ser la traducción inmediata de los principios religiosos. Sin embargo –concluye el columnista de *La Stampa*–, sería también enriquecedor que el pensamiento laico aumentase su nivel de reflexión y de propuestas sobre un terreno en el que no todas las soluciones tienen el mismo valor y dentro del cual los derechos y los deseos subjetivos deben medirse siempre en función de los deberes y las responsabilidades sociales.

**Artículo de referencia:** Garelli, Franco, “La ética non é libertaria”, en *La Stampa*, 10 de octubre de 2005.

# Apreciaciones de Brzezinski sobre la política exterior de EEUU

**El ex Consejero de Seguridad Nacional de los EEUU, Zbigniew Brzezinski, describe los fundamentos de la política exterior republicana y sobre el liderazgo norteamericano y la estabilidad internacional.**

Si hay algo en lo que la política exterior del presidente Bush ha generado un consenso unánime entre los analistas internacionales, es en la convicción sobre el agravamiento del flagelo terrorista de cuño fundamentalista a nivel global, y sobre la agudización de la inestabilidad en el escenario iraquí –y de todo Oriente Medio– como resultado de la intervención militar en el país árabe. En un contexto donde los contrastes entre países ricos y pobres se tornan cada día más escandalosos, de masivos desplazamientos de personas acosadas por la desesperación, el hambre y la guerra, y de intervenciones militares que, en los hechos, poco tienen que ver con el liderazgo moral, la defensa de los derechos humanos y de la integridad de los pueblos a “liberar”, el fenómeno terrorista encuentra el terreno más propicio, el caldo de cultivo ideal, para salir a buscar prosélitos y *lavar cabezas* entre la gran cantera de desesperados en que se están convirtiendo amplias zonas del tercer mundo.

En relación con este tema, Zbigniew Brzezinski, ex Consejero de Seguridad Nacional de los EEUU durante la presidencia de James Carter, realiza hoy desde la tribuna del diario madrileño *El País* un análisis muy crítico sobre los fundamentos de la política exterior de la actual administración republicana y sobre los efectos debilitadores que ha tenido para el liderazgo de los EEUU y la estabilidad internacional. Brzezinski se centra sobre cuatro puntos clave: la estrategia estadounidense en Irak, la política de no proliferación nuclear, el sustento moral de la política exterior de EEUU y la expansión incontrolada del gasto en defensa y seguridad. Cuenta el ex funcionario de la administración Carter que hace unos 60 años Arnold Toynbee llegaba a la conclusión, en su monumental *Estudio de la Historia*, de que la causa definitiva de la caída de los imperios era la “forma suicida de gobernar”. Tristemente para el lugar de Bush en la historia –dice Brzezinski– y desgraciadamente

para el futuro de EEUU, parecería que en los últimos tiempos, y a partir del 11-S, esa expresión podría aplicarse a la política seguida por la gran superpotencia. En este contexto, las palabras de Bush en sus últimas comparecencias públicas habrían significado, desde la óptica de Brzezinski, un retroceso a las fórmulas demagógicas empleadas durante la campaña presidencial de 2004 para justificar la guerra. Dicha guerra, promovida por un pequeño círculo de políticos por motivos aún no revelados del todo y promocionada entre el público mediante una retórica demagógica basada en afirmaciones falsas, ha resultado mucho más costosa en sangre y dinero de lo esperado. Ha despertado además críticas en todo el mundo, mientras que en Oriente Próximo ha señalado a EEUU como sucesor del imperialismo británico y aliado de Israel en la represión de los árabes. Justa o no, agrega Brzezinski, esa apreciación se ha generalizado en todo el mundo islámico.

Llegados a este punto, el ex Consejero cree que lo que se necesita ahora es más que una reformulación de los objetivos. Por otra parte –agrega–, decirle a los estadounidenses que los terroristas están motivados principalmente por un abstracto “odio a la libertad”, y que sus actos son el reflejo de una profunda hostilidad cultural, no es más que engañarse uno mismo. Los terroristas no nacen, sino que los hacen los acontecimientos, las experiencias, las impresiones, los odios, los mitos étnicos, las memorias históricas, el fanatismo religioso y un lavado de cerebro deliberado, explica Brzezinski. También los modelan las imágenes que ven en televisión, y especialmente sus sentimientos de odio contra lo que perciben como una denigración embrutecedora de la dignidad de sus correligionarios por parte

de extranjeros fuertemente armados. Un odio político profundamente intenso contra Estados Unidos, Reino Unido e Israel –advierte– está atrayendo reclutas para el terrorismo no sólo en Oriente Próximo, sino en lugares tan lejanos como Etiopía, Marruecos, Pakistán, Indonesia e incluso el Caribe.

En segundo lugar –continúa–, la capacidad estadounidense para hacer frente a la no proliferación nuclear también se ha visto mermada. El contraste entre el ataque a un Irak militarmente débil y el autocontrol de EEUU frente a una Corea del Norte con armamento nuclear ha fortalecido entre los iraníes la convicción de que solo pueden aumentar su seguridad con armas nucleares. Además, la reciente decisión estadounidense de colaborar en el programa nuclear de la India ha hecho que EEUU parezca un promotor selectivo de la proliferación de armas nucleares. Este doble discurso –advierte Brzezinski– complicará la búsqueda de una solución constructiva al problema nuclear iraní.

En tercer término, los problemas políticos de EEUU se complican aún más por la degradación de su posición moral en el mundo. El país que durante décadas se opuso con firmeza a la represión política, la tortura y otras transgresiones de los derechos humanos se ha visto sancionando prácticas que difícilmente se pueden considerar de respeto a la dignidad humana. Aún más reprehensible –agrega– es el hecho de que el vergonzoso maltrato y/o tortura en Guantánamo y Abu Ghraib no lo revelara un Gobierno indignado sino los medios de comunicación estadounidenses. En este contexto, la oposición del gobierno a la Corte Penal Internacional parece ahora, retrospectivamente, bastante interesada, advierte Brzezinski.

Por último, complicando el triste historial en política exterior, se encuentran las tendencias económicas relacionadas con la guerra, con una escalada drástica del gasto en defensa y seguridad. El presupuesto del Departamento de Defensa y del Departamento de Seguridad Interior es ahora mayor que el presupuesto total de cualquier país –refiere el ex Consejero–, mientras el creciente déficit presupuestario y comercial transforma a EEUU en el mayor deudor del mundo. Los costes directos e indirectos de la guerra en Irak aumentan por encima de los pronósticos pesimistas de quienes desde el principio se opusieron a la guerra.

Cada dólar así gastado es un dólar que no se dedica a la inversión, a la innovación científica o a la educación, todas ellas de fundamental importancia para la primacía económica de EEUU a largo plazo en un mundo fuertemente competitivo. Debería ser una fuente de preocupación especial para los estadounidenses juiciosos el que hasta países conocidos por su tradicional afecto hacia EEUU se hayan vuelto abiertamente críticos con la política estadounidense.

En este contexto –advierte Brzezinski–, el alejamiento geopolítico de EEUU podría convertirse en una realidad duradera y amenazadora. Esa tendencia beneficiaría especialmente a los enemigos históricos o a los futuros rivales.

“Sentadas en la banda y observando con desprecio la ineptitud estadounidense están Rusia y China: Rusia, porque le encanta ver la hostilidad musulmana apartada de sí misma y dirigida contra EEUU, a pesar de sus crímenes en Afganistán y Chechenia, y está ansiosa por atraer a EEUU hacia una alianza antiislámica; China, porque sigue pacientemente el consejo de su antiguo

maestro estratega, Sun Tzu, que enseñaba que la mejor manera de ganar es dejar que tu rival se derrote a sí mismo.”

En un sentido muy real –observa el ex funcionario–, el equipo de Bush ha estado mermando peligrosamente la posición en apariencia segura de EEUU en la cima del poste totémico mundial, al transformar en debacle internacional un peligro en un principio manejable, aunque serio, y en gran medida regional. Brzezinski cree que, de insistir en esta senda, es probable que EEUU se quede aislado en un mundo hostil, cada vez más vulnerable a los atentados terroristas y menos capaz de ejercer una influencia mundial constructiva.

“Remover con un palo un avispero mientras manifiestas a los gritos que ‘mantendrás el rumbo’ es una prueba de liderazgo catastrófico”, afirma Brzezinski con no poca ironía. Sin embargo, el ex Consejero de Seguridad cree que todavía es posible una verdadera corrección del rumbo y sugiere comenzarla con una modesta y racional iniciativa del presidente Bush para convocar a los líderes demócratas del Congreso en un esfuerzo serio para establecer una política exterior bipartidista. Partidario de una pronta salida de las tropas estadounidenses de Irak, Brzezinski concluye señalando que con la política exterior basada en el bipartidismo, y después de dejar atrás Irak, también será más fácil forjar una política regional más amplia que se centre constructivamente en Irán y en el proceso de paz palestino-israelí, y restaurar al mismo tiempo la legitimidad del papel de EEUU en el mundo.

**Artículo de referencia:** Brzezinski, Zbigniew, “Bush, una forma suicida de gobernar”, en *El País*, 13 de octubre de 2005.

# La Alemania que espera a Merkel, desde una perspectiva británica

**Timothy Garton Ash observa con optimismo  
la llegada al poder en Alemania  
de la democristiana Angela Merkel.  
Además, analiza los límites que le impondrá  
gobernar en coalición con los socialdemócratas.**

El ajustado triunfo de la democristiana Angela Merkel en las últimas elecciones alemanas y la conformación de una “gran coalición” –la segunda desde la fundación de la República Federal– parece plantear más interrogantes que certezas entre la mayoría de los analistas políticos, tanto de Alemania como de sus vecinos Europeos. A las cruciales cuestiones internas que han quedado pendientes de definición, como la reforma de todos aquellos aspectos que hacen al sistema de bienestar alemán –hoy en crisis–, se suman otros temas no menos relevantes del plano internacional en los que la dirección adoptada por la futura Canciller marcará también el rumbo de toda la Unión Europea. Entre los temas más relevantes está la crisis abierta por sendos rechazos francés y holandés al proyecto constitucional europeo, las negociaciones con Turquía vinculadas con la discusión sobre los límites de la ampliación de la Unión,

la continuidad del eje franco-alemán, las relaciones con EEUU y el posicionamiento de Europa en un escenario internacional por demás conflictivo.

El periodista británico Timothy Garton Ash analizaba ayer, en su columna habitual de los jueves del diario londinense *The Guardian*, las perspectivas que se abren en Alemania a partir de la próxima asunción de Merkel, y las limitaciones que le impone la conformación de la “gran coalición” con los socialdemócratas del actual Canciller Gerard Schröder. Desde una óptica británica y liberal, Garton Ash ve como un hecho muy auspicioso el ascenso de la democristiana, pero percibe como un pesado *handicap* el tener que gobernar desde una “desordenada e inestable coalición que mantendrá los pies de Merkel clavados e inmóviles en el barro” y, como resultado de ello, a toda Europa cojeando. Por empezar, dice el columnista, es muy bueno que la República Federal de Alemania tenga

a una mujer como Canciller y que además provenga de la antigua República Democrática. Ambos constituyen importantes pasos hacia una moderna normalidad en la que la división entre alemanes del Este y del Oeste empiece a diluirse. Más aún, desde la perspectiva del periodista británico, la personalidad de Angela Merkel constituye de por sí un hecho muy positivo porque es una persona “práctica, directa, llena de sentido común y que se preocupa por las libertades (...) A diferencia de Margaret Thatcher, sería inimaginable oírle decir que la sociedad no existe. Y si bien maneja fluidamente el ruso, no hará gala de la vergonzosa debilidad personal que manifiesta Schröder por el gobierno semidictatorial de Vladimir Putin. Con un probado historial atlantista, está bien posicionada para componer las deshilachadas relaciones alemanas con EEUU”. En el contexto de una Unión Europea que es hoy una mezcla de ex occidentales y orientales – observa Garton Ash–, es bueno contar con una líder de primera línea que representa, ella misma, la unión de los dos antiguos bloques.

El interrogante que se plantea el periodista británico es qué puede hacer entonces Angela Merkel desde la posición política que le ha tocado. Desde el punto de vista institucional –explica–, la constitución alemana otorga al Canciller federal considerables poderes como para fijar las grandes líneas de política. Y en la práctica, desde los tiempos fundacionales de la postguerra, empezando por el Canciller Konrad Adenauer, todos han hecho un uso pleno de tales poderes. No obstante ello, la propia constitución y la evolución del sistema político han impuesto importantes mecanismos de control sobre la figura del Canciller; muchos más –agrega– que los que

tiene el primer ministro británico. Irónicamente, un sistema político diseñado con pesos y contrapesos para evitar la aparición de otro Hitler, está contribuyendo hoy a frenar las reformas que Alemania necesita, reflexiona Garton Ash. El *Bundesrat* o Cámara Alta, compuesta por representantes de los *Länder* o Estados federales, puede detener o incluso bloquear las iniciativas gubernamentales en un grado mayor que la Cámara de los Lores británica. Además, como hay elecciones en distintos *Länder* prácticamente todos los años, no existe ese período “de gracia” que suelen tener los gobiernos entre una elección y otra para instrumentar medidas impopulares pero necesarias, sin el temor al inmediato castigo en las urnas. Con un sistema de representación proporcional, el país tiene siempre gobiernos de coalición, lo que obliga a alcanzar mayores grados de compromiso.

Hace quince años –continúa Garton Ash– un observador perceptivo decía que el gran test para la república federal estaba en ver si la tradición de “cambio a través del consenso” era capaz de producir, a su vez, suficiente cambio. “A la luz del último resultado electoral, me temo que la respuesta es *más consenso y menos cambio*”, afirma el periodista británico. En las próximas semanas se podrá ver a qué grado de entendimiento pueden llegar democristianos y socialdemócratas cuando intenten conciliar sus posiciones divergentes sobre las reformas en materia de impuestos, salud y mercado de trabajo.

Los análisis más optimistas respecto de la capacidad de cambio alemana apuntan a las transformaciones que ya están ocurriendo en el mundo de los jóvenes y en el de los negocios. Si bien es fácil hallar jóvenes alemanes con una alta y sofisticada educación,

el problema radica en que, probablemente, se los termine encontrando en Oxford, Harvard, París o Tokio, más que en Heidelberg, Munich o Berlín. En este sentido, los jóvenes alemanes han sabido aprovechar las posibilidades ofrecidas por la Europa integrada y el mundo globalizado, pero “para votar con sus pies”, dice el periodista británico con un dejo de ironía. Muchos de los jóvenes más brillantes completarán probablemente sus carreras fuera de Alemania, “salvo que algo empiece a cambiar en casa”.

En lo que respecta al mundo de los negocios, las compañías más importantes del país han hecho, ciertamente, grandes cambios durante la década pasada y se han internacionalizado agresivamente, señala Garton Ash. Tienen *performances* de exportación que serían la envidia de sus homólogas británicas o estadounidenses. Pero los han realizado, en su totalidad, reduciendo puestos de trabajo en Alemania y creándolos en la República Checa, en Polonia, en la India o en China. Es poco lo que han contribuido a reducir los más

de cinco millones de desocupados que hay actualmente en el país.

Por supuesto que el mercado no va a solucionar este problema, admite Garton Ash. Se necesita del Estado alemán para crear las condiciones que permitan a las empresas alemanas crear nuevos empleos, pero dentro de Alemania y no en el exterior. Ello supone, desde la perspectiva del columnista británico, el cambio de las leyes laborales, impositivas y de las contribuciones al bienestar, entre otras. Son estas las cuestiones que una alianza con los Demócratas liberales hubieran tenido un impulso importante, pero que con los socialdemócratas verán probablemente disminuida su velocidad. Justo en un momento –concluye Garton Ash con cierta desazón– en que Alemania debe enfrentar una doble y feroz competencia: en el plano regional, desde las economías centro y este europeas con niveles salariales e impositivos más bajos; y en el plano global, desde Asia. De allí que, “hoy como nunca, sospecho que lo que Alemania haga al respecto será demasiado poco y demasiado tarde”.

**Artículo de referencia:** Garton Ash, Timothy, “Chancellor Merkel’s walking stalemate of a government”, en *The Guardian*, 13 de octubre de 2005.

# Mirada francesa de la sociedad postindustrial

**La producción de conocimiento y la redefinición del mapa político, económico y social del mundo, entre otros aspectos, son abordados por *Le Monde* a partir de un encuentro de expertos realizado en París.**

Auspiciado por el diario *Le Monde* y la revista *Esprit*, se realizó entre los días 5 y 7 de octubre pasados, en el *Colegio de Francia* de París, un ciclo de debates entre renombrados intelectuales sobre los desafíos de la sociedad postindustrial. De él participaron, entre otros, Daniel Cohen, profesor de Ciencias Económicas de la Escuela Normal Superior y de la Paris-I, Pierre Rosanvallon, profesor del Colegio de Francia, Kemal Dervis, Director del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, y Mario Monti, Presidente de la Universidad Bocconi. La mundialización, la producción de conocimiento e innovación como llave del desarrollo del siglo XXI, la irrupción de nuevas potencias emergentes y –como resultado de ello– la reconfiguración del tablero político, económico y social del planeta han sido algunos de los temas clave tratados en el transcurso de estos debates.

Con la preocupación puesta en la situación europea y en el desafío que se le presenta al

viejo continente en relación con países que han tomado la posta en materia de innovación y que –como en los casos de China e India– además han tenido un crecimiento explosivo de su participación en el comercio global, el diario parisino *Le Monde* publica hoy en su columna de análisis una reseña de las principales conclusiones expuestas durante las jornadas. Conclusiones que no dejan de ser interesantes desde la perspectiva de América latina, un continente que se plantea también el imperativo de la integración con el mundo, pero que arrastra la pesada carga de no haber resuelto todavía las cuestiones elementales del desarrollo y del crecimiento con equidad.

El empleo industrial en los EEUU –da cuenta la columnista de *Le Monde*, Sylvie Kauffmann– ha descendido por debajo de la línea del 10 % de la población activa. Este dato pone de manifiesto, mejor que ninguno, la característica fundamental del



capitalismo y la sociedad post-industrial en nuestros días. Según Daniel Cohen, cinco son las rupturas que marcan lo que denomina como la postindustrialización. La primera tiene que ver con el surgimiento de una tercera revolución industrial. La segunda se relaciona con el fin del *fordismo* y una revolución en la organización del trabajo. La revolución cultural, en continuidad con aquella del 68, es el tercer elemento de ruptura que señala Cohen. La cuarta se corporiza en la revolución financiera, que supuso en los años 90 el paso del control de las empresas a la Bolsa y convirtió al accionista en un actor mejor protegido que el asalariado. La quinta ruptura tiene que ver con la mundialización.

A esta visión de las transformaciones del capitalismo dominada por el hecho económico y tecnológico –explica la columnista de *Le Monde*– Pierre Rosanvallon opuso el de la historia política y social. Para Rosanvallon la democracia no tiene por qué seguir los mismos ritmos que la tecnología; y responde a Cohen, retomando el concepto de Alain Touraine, que hoy lo social se ha emancipado de lo económico, de la misma manera que lo político se emancipó de lo religioso en el siglo XVIII, y que la economía se emancipó de lo político en el siglo XIX para asociarse a lo social. En efecto, después de haber marcado todo el siglo XX, ha llegado el momento de la separación de la pareja formada entre lo económico y lo social.

La irrupción en los últimos años de India y China en el comercio mundial –continúa Cohen– estaría caracterizando la segunda mundialización capitalista, luego de la del siglo XIX, dominada por Gran Bretaña y después por EEUU hasta el

día de hoy. Sostiene, además, que los casos chino e indio han puesto en crisis la idea del deterioro de los términos del intercambio, que ya no respondería a la realidad de los tiempos actuales. Sin embargo –explica Cohen–, la mundialización no difunde espontáneamente la prosperidad sino más bien su imagen, provocando un desfase entre las expectativas y la realidad. En este punto, Kemal Dervis abogó por la aplicación de mecanismos de redistribución y de gobernabilidad que permitan controlar las dislocaciones e inequidades que provoca la mundialización.

Respecto de Europa, Cohen planteó el interrogante de si el viejo continente está debidamente preparado para responder a los desafíos de la sociedad postindustrial. La Unión Europea –dice– representa alrededor de un 40% del comercio mundial, pero dos tercios de estos intercambios comerciales se producen dentro del propio continente. En otras palabras, se trata de un comercio horizontal que no se corresponde con las nuevas formas de la mundialización. Más aún –advierde Cohen–, las exportaciones europeas están especializadas en productos de alta gama (suntuarios, automóviles), mientras que los exportadores norteamericanos venden, sobre todo, productos innovadores y de alta tecnología (software e industria del entretenimiento). EEUU es exportador de servicios mientras que Europa permanece prisionera de su “*savoir faire*”, que le sigue exigiendo fabricar cosas, exponiéndola de este modo a la competencia de los países emergentes. Para mantener la llama de la innovación encendida EEUU seduce a los científicos e investigadores indios y chinos y también, pero en menor grado, a

los europeos. La píldora puede ser amarga para Europa, advierte Cohen. Esta tercera revolución industrial la expone al riesgo de quedar clavada donde está si no hace los esfuerzos necesarios en materia de investigación y de inversión en sus universidades. “Si la innovación científica y técnica es al siglo XXI lo que la organización científica del trabajo individual ha sido para el siglo XX, entonces se impone una organización científica del saber”. En este contexto, Mario Monti reconoce que el problema de la

Universidad en Europa es dramático y que hoy se ha convertido en un concentrado de privilegios orientado hacia los profesores más que hacia los futuros usuarios de su producto, que es el saber. Recomienda entonces un reencuentro de la Universidad con el mundo de la empresa, el sueño de repensar todo el tejido de instituciones universitarias para privilegiar menos a los profesores y más a la producción de conocimiento. En suma, concluye la columnista de *Le Monde*, otra verdadera revolución cultural.

**Artículo de referencia:** Kauffmann, Sylvie, “Les défis de la société postindustrielle”, en *Le Monde*, 17 de octubre de 2005.

# ¿Se encamina Italia hacia el bipartidismo?

***La Stampa, Corriere della Sera y El País* analizan las posibilidades de conformación de un sistema bipartidista en Italia, luego del triunfo del ex primer ministro Romano Prodi en las internas abiertas de los partidos de centroizquierda.**

A principios de los años 90 un verdadero terremoto político-judicial, conocido como el proceso de *mani pulite* (manos limpias), barrió con el mapa de los partidos políticos italianos, uno de los modelos más emblemáticos y estables del parlamentarismo europeo de posguerra. El resultado es una reconfiguración de todo el sistema –que todavía hoy continúa– sobre las cenizas de los otrora poderosos partidos fundacionales de la república italiana: la Democracia Cristiana de Giulio Andreotti, el Partido Socialista Italiano de Bettino Craxi, y el Partido Comunista Italiano (PCI). A partir de entonces se produce una atomización de la oferta política peninsular donde el predominio de la centroderecha, salvo algunos intervalos, ha sido la constante a partir del liderazgo encabezado por el actual premier, Silvio Berlusconi y su partido Forza Italia, en alianza con la otrora secesionista Liga Norte de Umberto Bossi

y la posfascista Alianza Nacional de Gianfranco Fini.

El resultado de las internas abiertas realizadas el domingo último para elegir al líder que represente a los partidos de centroizquierda en las próximas elecciones parlamentarias de 2006 ha sorprendido a propios y extraños por la contundencia con la que se ha impuesto el ex premier (y ex Presidente de la Comisión Europea) Romano Prodi, y por la movilización ciudadana que ha despertado la consulta. En efecto, como señala el editorial de hoy del diario español *El País*, el triunfo de Prodi es doble: por la participación, que con cuatro millones de votantes fue mucho mayor que la prevista, y por el respaldo obtenido, que casi rozó el 75% a favor del ex premier. La mayoría de los periódicos europeos resaltan el hecho de la oportunidad histórica que se le abre a la centroizquierda italiana para dejar de

ser una aglomeración de partidos sujeta a viejos esquemas ideológicos más propios de la guerra fría y convertirse en un partido de centroizquierda moderno, capaz de representar al vasto electorado italiano que se referencia en ese espacio del espectro ideológico. Dice, en este sentido, Luigi La Spina, columnista político del diario milanés *La Stampa*, que esta suerte de “replantación” de la coalición conocida como *El Olivo* está destinada a dar como fruto un nuevo partido democrático, o será tan solo el asta que servirá a Prodi para saltar sobre el sillón del Palacio Chigi. En este sentido, cabe recordar que el debate subyacente en Italia desde la debacle de los partidos tradicionales tiene que ver con la capacidad de las agrupaciones y dirigentes italianos de dar al sistema político una configuración definitiva bipartidista, en torno a dos grandes fuerzas mayoritarias. Berlusconi ya lo viene intentando, con no pocas resistencias, en el espacio de centroderecha. La izquierda parecía, hasta el domingo, más rezagada en este camino, sin un liderazgo aglutinante ni un discurso unificado.

De cualquier manera, no son pocos los desafíos que le esperan todavía a Romano Prodi para volver a gobernar Italia, advierte *El País*. Si bien el triunfo del domingo lo consolida como único aspirante de la coalición con amplias posibilidades de llegar al gobierno, el actual primer ministro conservador ha dado muestras de una enorme astucia política al conseguir hace pocos días que la Cámara de Diputados aprobara una controvertida reforma de la ley electoral –hecha a medida de la centroderecha– que reintroduce el antiguo sistema proporcional. La mayoría de los analistas coincide en vincular la enorme afluencia de votantes el

pasado domingo con el rechazo que produjo en la población el cambio de reglas de juego colado por Berlusconi en el Parlamento, a fin de aumentar sus chances electorales en los próximos comicios parlamentarios de abril de 2006. “Tanta participación –dice Gianni Riotta en el *Corriere della Sera*– ha estado alimentada, probablemente, por el resentimiento que produjo la nueva ley electoral aprobada, según parece, más por conveniencias de ordenamiento que por dar una mejor representación al país”. Y ello ha tenido una consecuencia política imprevisible tanto para Berlusconi como para sus rivales, dice el columnista de *La Stampa*: ha convertido al vigente sistema electoral de mayorías en una bandera de la centroizquierda con fuerte arraigo entre los votantes, porque simboliza la voluntad de los ciudadanos de no ver mutiladas sus opciones políticas cuando lo que está en juego son elecciones políticas fundamentales.

Dos conclusiones parecen sobrepasar los análisis de gran parte de la prensa europea: que los italianos estarían manifestando un cierto hartazgo por la política del polémico Berlusconi junto con la necesidad de un cambio, y que la centroizquierda debe resolver no pocas cuestiones pendientes antes de sentirse con un pie en el ejecutivo. En cuanto a lo primero, bien lo expresa *El País* cuando da cuenta de la fatiga que acusa una gestión que ya lleva cinco años en el poder, bajo las riendas de un “magnate convertido en político que se ha resistido desde que llegó por primera vez, en 1994, a romper amarras con sus negocios y que elude como puede los problemas con la justicia”. Sumado a ello, carga con las hondas divisiones existentes dentro de su propia coalición y con una

economía nacional que no logra remontar. Y en lo que respecta a la coalición de partidos que lidera Prodi, varias son las definiciones que ella debe dar todavía en el plano ideológico. Porque, como bien concluye el columnista de *La Stampa*, los grandes problemas que hacen difícil el nacimiento de un nuevo partido reformista en Italia tienen que ver con la convivencia de las tradiciones laica y católica; con el

peso del maximalismo en la historia de la izquierda italiana y del transformismo de los así llamados *moderados* italianos; y con las diversas concepciones del bienestar, como la *asistencial-estatista* y la *liberal-competitiva*, fundada esta última en la búsqueda de la equidad en las condiciones de partida más que en el igualitarismo. En suma, un parto que será seguramente largo y difícil.

**Artículos de referencia:** La Spina, Luigi, "L'Ulivo ripiantato", en *La Stampa*, 18 de octubre de 2005; Riotta, Gianni, "Partito democratico e unità dell' Ulivo", en *Corriere della Sera*, 18 de octubre de 2005; *El País*, "Prodi despega", 18 de octubre de 2005.

# Crítica laborista al Laborismo privatizador

**John Denham, dirigente laborista y ex ministro de Salud, analiza la política privatizadora del gobierno de Blair y señala los interrogantes que la reforma del sistema nacional de salud plantea en el Partido Laborista.**

Con la crisis del Estado benefactor, Europa discute las alternativas políticas, económicas y sociales que le permitan redefinir su cuestionado y heterogéneo modelo social. La relevancia del tema se ve reflejada, por un lado, en los fuertes debates que se producen entre los partidos políticos al interior de algunos países europeos; y por el otro, en las igualmente álgidas discusiones que tienen lugar entre los gobiernos en las más altas instancias de decisión de la Unión Europea, con Gran Bretaña a la cabeza de los liberalizadores, y Francia y Alemania liderando a los defensores del modelo social tradicional. Hoy flota la incógnita sobre la actitud que adoptará la nueva administración alemana de Angela Merkel, cuyo origen ideológico la ubicaría más cerca de la postura liberal pero que debe lidiar con las limitaciones políticas que le impone la “gran coalición” con los socialdemócratas. En algunos casos también la sociedad tuvo la oportunidad de

expresar su estado de ánimo al respecto: el resultado negativo de los recientes referéndum en Francia y Holanda por el proyecto de constitución europea fue interpretado por no pocos analistas como un rechazo a la impronta liberalizadora del texto constitucional.

En este contexto, uno de los temas centrales de discusión refiere a la medida en que el Estado debería retirarse de la prestación de los servicios públicos en favor del sector privado. En el caso británico, el Partido Laborista inicia su tercer mandato con profundos disensos internos en torno a este tema. El diario londinense *The Guardian* publica hoy una columna de John Denham, dirigente laborista y ex ministro de salud, en la que observa críticamente la oleada privatizadora que aqueja a la administración de Tony Blair y señala los agudos y difíciles interrogantes que está planteando en el seno del Laborismo la reforma del sistema

nacional de salud (SNS). Dice Denham que difícilmente se pueda no estar de acuerdo con la afirmación de Blair en cuanto a que “la libre elección es lo que los ricos vienen ejercitando desde hace siglos... Para el Laborismo, la libre elección es demasiado importante como para que sea un monopolio de aquellos”. Sin embargo, el estéril debate sobre el valor de elegir está ensombreciendo las cuestiones de fondo, advierte Denham. En efecto, existen muchos tipos de opciones y diferentes formas de hacerlas disponibles, pero el problema radica en el modo en que el gobierno lo está haciendo. Recientemente, la actual ministra de salud afirmó que hay que concentrarse en los principios más que en los detalles técnicos. El problema –dice el columnista– es que los cambios detallados por el gobierno están contruidos sobre supuestos dudosos. En 2003 el primer ministro argumentó que “las presiones e incentivos de la competencia elevan el nivel de calidad, eficiencia y capacidad de respuesta del sector público. La libre elección conduce a estándares más elevados”. Para decirlo suavemente –afirma Denham–, se trata de una discutible expresión de fe ideológica que no está fundada en ninguna evidencia explícita. La asunción de tal creencia es lo que está guiando el cambio en todos los ámbitos del SNS. De aplicarse esta reforma –advierte–, ello podría llevar a muchos hospitales del sistema público a la bancarrota, por la presión, entre otras cosas, de tener que hacerse cargo de las operaciones de alto costo que los establecimientos privados no quieren atender. En este sentido, inyectar recursos económicos directamente al sector privado cuando gran parte del sistema nacional está estirando al máximo su presupuesto, y sin darle además

a este la oportunidad de mostrar lo que es capaz de hacer con los recursos asignados, es una apuesta costosa, advierte el ex ministro británico. En gran parte de Inglaterra y Gales –agrega– los cambios se irán a aplicar donde las unidades locales del SNS ya están reduciendo personal y camas a fin de ajustarse a sus presupuestos. En este contexto, la pérdida de servicios locales será cargada también a la factura de las reformas.

En su tercer período de gobierno –dice Denham–, el Laborismo debería mostrar una mejor *performance* que la expuesta hasta ahora en materia de políticas públicas. Ninguna visión ideológica es capaz de asegurar el éxito por sí sola. Sin embargo, parecería que los controles y equilibrios naturales del gobierno colectivo se hubieran debilitado. Es necesario entonces que los ministros pongan en juego toda su perspicacia, a pesar de que muy a menudo sólo se les pida que repitan argumentos anecdóticos y poco convincentes para justificar el cambio.

El Nuevo Laborismo solía tener un mantra: “importa lo que funciona”. Parecería ser que hoy –concluye Denham– este ha pasado a ser: “importa lo que algunos creen que funcionará”. En la medida que crece el impulso por hacer los cambios en forma duradera e irreversible, lo mismo ocurre con el peligro de causar daños que luego será difícil deshacer.

**Artículo de referencia:** Denham, John, “A real danger of damage”, *The Guardian*, 19 de octubre de 2005.

# ¿Hacia dónde va el modelo social europeo?

**Vidal-Beneyto advierte sobre la pérdida de la dimensión social que afectaría al modelo de desarrollo europeo y que se refleja en instrumentos políticos e institucionales aprobados en las últimas décadas.**

La crisis del Estado benefactor cuestionó la viabilidad de un capitalismo que conciliara la búsqueda del lucro con niveles de vida dignos para la mayoría de la población. La entronización del mercado como motor de la sociedad y de la ganancia como imperativo de las fuerzas que en él participan, ha dejado subordinados otros objetivos fundamentales conquistados a mediados del siglo XX por las sociedades democráticas occidentales, como el desarrollo con equidad e integración social. A partir de la caída del Muro de Berlín, el retroceso del Estado en su papel reparador de los desequilibrios que las fuerzas del mercado generan en la sociedad fue una de las caras visibles en las que se tradujo la aplicación del credo ideológico imperante. En América latina –donde nunca llegó a consolidarse un Estado con autonomía suficiente respecto de los actores económicos poderosos– los costos sociales y humanos de la deserción estatal en los 90

fueron altísimos, y el resultado es un continente con la distribución de la riqueza más inequitativa del planeta.

El periodista José Vidal-Beneyto explicaba las tendencias y transformaciones del capitalismo de la globalización, mediante las cuales la lógica del capital financiero primaba sobre la del capital productivo. En esta perspectiva, Vidal escribió una columna en la que advertía sobre la pérdida de la dimensión social que está ocurriendo en el modelo de desarrollo europeo, pérdida que se ve reflejada en los instrumentos políticos e institucionales que los países de la Unión vienen aprobando en las últimas décadas. Allí sostiene que en el capitalismo europeo, en sus diversas variantes y a diferencia de lo que sucede en EEUU, cabe la dimensión social. La expresión *economía social de mercado* refleja esa especificidad, donde son esenciales el mundo del trabajo y el protagonismo del Estado, aunque ahora atenuado. Este



proyecto de construcción societal que se denominó *modelo europeo de sociedad* tuvo su primer paso en falso con el *Tratado de Roma* de 1957 que instituye la Comunidad. En efecto, al fijar como objetivo principal la integración económica, invierte su contenido. En el espacio conjunto –dice Vidal– no solo tendrá el primado total la economía, sino que su norte exclusivo será la acumulación capitalista sin desviaciones.

En este contexto –continúa–, y ya entrados los 80, el *Acta Única* de 1986 pone de relieve esta subordinación de lo social al buen funcionamiento del mercado, que resalta el *Tratado de Maastricht* en 1992 al servirse de la política social para promover la competitividad y al instalar el diálogo social en el centro de su dispositivo. Con ello modifica la naturaleza de las relaciones laborales, a las que purifica de toda conflictividad y les asigna como solo destino la transacción y el acuerdo. De este modo, la búsqueda del consenso se impone a las exigencias de lo laboral, y empuja a una flexibilidad que permita que los actores individuales tengan la última palabra. En 1993, en tanto, el *Libro Blanco* de Jacques Delors, al constituir a la política de empleo con la reforma del mundo laboral y de la protección social en herramienta capital para aumentar el crecimiento económico mediante la competitividad, no solo opta por la economía frente a la sociedad sino que consagra la condición *asocial* del trabajo. “Esta concepción privatista del trabajo convertido en una práctica individual que no cabe regular colectivamente, sin más albur que la libertad de las personas, necesita desmantelar el derecho del trabajo, guardián de las fronteras de lo social, conculcando sus principios generales y cancelando o debilitando sus disposiciones centrales: control de

los despidos, defensa de la huelga y de los piquetes, limitaciones de las jurisdicciones civiles y comerciales para intervenir en los conflictos laborales, etc., al mismo tiempo que se deslegitiman todos los instrumentos de la acción pública, como la fiscalidad, las cotizaciones sociales y los servicios públicos, entre otros”. Las esperanzas puestas en la *Carta de Derechos Sociales* de 1989 –continúa Vidal– se quedan en casi nada por el carácter no vinculante ni obligatorio de sus disposiciones. De igual manera, la exclusión del salario de las competencias comunitarias en la *Carta de Derechos Fundamentales* de 2000, y la revisión de la *Directiva* de 1993 sobre el tiempo de trabajo, ponen a Europa cerca “de esa Norteamérica feliz que no reconoce legalmente un solo día de reposo anual al trabajador”. En el mismo sentido, la celebrada *Agenda de Lisboa* también del año 2000, al convertir las dimensiones esenciales de lo social –como la salud, la educación, la jubilación, etc.– en factores de la producción, renuncia a su condición de soporte fundamental de la sociedad europea para consagrarse a la creación de riqueza que, por otra parte, termina yendo a parar siempre a los mismos. Desde la perspectiva de Vidal, para muestra de hacia dónde estaría encaminándose Europa alcanza con ver lo que sucede en EEUU: menos del 5% de los estadounidenses han percibido el 50% de los beneficios generados en 2004. Concluye entonces preguntándose el columnista español: “Aparte de la Unión Europea, ¿quién apuesta por ese futuro?”.

**Artículo de referencia:** Vidal-Beneyto, José, “La Europa Social /4 ‘La demolición’”, *El País*, 22 de octubre de 2005.

# El futuro del modelo sueco

**Polly Toynbee describe las cualidades del modelo social sueco y los riesgos que supone, para su continuidad, el triunfo de la derecha en las elecciones del año próximo en el país escandinavo.**

Vinculado con el tema del modelo de Estado, también se debaten los efectos que la aplicación del credo del mercado omnipotente ha tenido en muchas sociedades del tercer mundo en términos del desarrollo y del logro de mayores niveles de equidad. Las experiencias no parecen haber sido muy alentadoras al respecto. Europa misma se encuentra sumida en pleno debate sobre cómo seguir a partir de la crisis del Estado surgido de la segunda posguerra. En este contexto, mientras muchos dentro y fuera del viejo continente discuten y hasta prefieren dar por muerto el modelo social del bienestar, hay otros –los menos– que sugieren mirar con atención la experiencia de los países nórdicos, que han logrado integrar exitosamente los objetivos de una sociedad profundamente igualitaria –las más igualitarias del mundo– con los de la eficiencia y la competitividad de su economía.

La periodista Polly Toynbee escribe en su columna del día del diario británico *The Guardian* un artículo sobre las cualidades del modelo social sueco –con características similares a las del resto de los países nórdicos– y los riesgos que suponen para la continuidad del mismo, “el más exitoso que el mundo haya conocido jamás”, el triunfo de la derecha en las elecciones a celebrarse el año próximo en el país escandinavo.

El actual primer ministro socialdemócrata, Göran Persson, lleva nueve años en el poder y un nuevo desafío conservador se le presenta al gobierno de centro izquierda de la mano de un joven, moderado y dinámico dirigente que ha sido capaz de reunificar a las diversas fracciones de la derecha sueca. En este contexto –afirma Toynbee–, los socialdemócratas enfrentan el riesgo de perder el gobierno a causa del más letal de los instintos humanos... el aburrimiento. ¿Cómo es

posible –se pregunta la columnista– que Persson pueda perder las elecciones cuando la mayoría de los indicadores ponen en evidencia que está haciendo las cosas bien? Las tasas de crecimiento previstas rondan el 3%, muy por arriba del promedio europeo; las tasas de interés están en torno al 1,5%; hay un *boom* de las exportaciones y sus más grandes compañías –Volvo, Ikea, Tetra Pak y Eriksson– vienen resistiendo muy bien la tendencia general a la subcontratación en países en desarrollo. Y si la sensación térmica entre los suecos es alta en lo que se refiere al desempleo –oficialmente en torno al 5,8%–, Persson a logrado bajarla desde el 8% en que estaba cuando llegó al gobierno. Por otra parte –continúa Toynbee–, los servicios públicos suecos son insuperables, con un servicio universal de salud infantil gerenciado por profesionales de primer nivel, una escuela pública que produce egresados con uno de los mayores niveles de educación del continente, y un buen sistema de salud. Estocolmo –continúa– reluce orgullosa de sus hermosas calles, su transporte público, su arquitectura refinada y sus amplios espacios abiertos que proclaman, todos ellos, el valor de la ciudadanía. Con una carga impositiva equivalente al 51% del PBI, las cosas no podrían ser de otra manera. Más aun, Suecia goza de un interesante superávit presupuestario.

El modelo nórdico –explica la columnista británica– funciona mediante la aplicación combinada de apertura de mercado, flexibilidad laboral y armonización de las demandas de cambio de empresarios y trabajadores. Este pacto entre Estado, empleadores y fuerza de trabajo constituye el ingrediente mágico

del modelo sueco. Servicios públicos de primer nivel y beneficios constituyen el secreto del éxito económico. De allí que, si se reducen las provisiones sociales tambalea toda la estructura. Ello explica el antieuropeísmo de la izquierda sueca, siempre cautelosa frente a cualquier movimiento, presumiblemente anglosajón, con intención de interferir.

Con estas condiciones, Toynbee se plantea por qué el gobierno socialdemócrata no se encamina directamente a la victoria en la próxima elección. En algún punto –explica–, tanto Suecia como otras economías nórdicas muy exitosas han perdido su incuestionable sentido de propósito y de orgullo. Algunos viejos socialdemócratas rezongan porque dicen que los jóvenes asumen el modelo como algo dado, sin darse cuenta en realidad de la excepcionalidad de su sociedad. Y los jóvenes dirigentes socialdemócratas, empantados en el día a día de la gestión, y después de tantos años en el poder, parecen cada vez más lejos de renovar su visión de la realidad. Mientras tanto, el candidato de la derecha proclama que su coalición acepta que los suecos no quieran recortes en los impuestos y en los servicios públicos. Sin embargo –advierte Toynbee–, la última vez que la derecha estuvo en el poder a principios de los 90 infligió serios daños a las instituciones creadas por los socialdemócratas, daños que no fue posible reparar tan fácilmente en años posteriores. En este contexto, resulta curioso que Tony Blair mal utilice a Suecia como ejemplo de una nación socialdemócrata que privatiza y subcontrata sus servicios públicos, observa la columnista. Fue la derecha, precisamente, la que hizo tales cosas durante el corto tiempo que estuvo en el poder. En efecto, permitió la selección de escuelas, las cuales

están hoy, por lejos, mucho más diferenciadas socialmente, en un país que alguna vez pudo enorgullecerse de tener una educación relativamente igualitaria. El gobierno de derecha autorizó además a establecer pequeñas escuelas privadas dentro del sector estatal, la mayoría de las cuales terminaron siendo de uso casi exclusivo de las clases medias altas.

Si la socialdemocracia sueca corre el riesgo de perder las elecciones –afirma Toynbee– no será por la existencia de un reclamo colectivo de privatización. Es más, la derecha ha tenido que dejar a un lado parte de ese discurso y hoy, como el lobo disfrazado de cordero, apenas se distingue de la izquierda, prometiendo que no habrá cambios en la política de impuestos y de gastos. El peligro para los socialdemócratas radica en que la gente termine aburriéndose. La derecha ha estado en el poder en Suecia durante 9 años, tan solo, de los últimos 73; y cuando ganó fue porque las cosas se habían puesto realmente complicadas. De allí que, desde la perspectiva de la columnista, sería perverso

que ganara, precisamente, cuando las cosas funcionan bien. Sin embargo –agrega–, se respira un cierto temor en el ambiente del país; los suecos parecen estar perdiendo confianza en sí mismos, intimidados por los presagios de los *neocons* globales. A pesar de la fortaleza de su economía, los suecos están preocupados y, cuando deberían presumir del modelo económico más exitoso por lejos de la Unión Europea, parecen estar perdiendo la confianza, al igual que sus vecinos nórdicos, en su modelo de sociedad, el más exitoso que el mundo haya conocido jamás, observa Toynbee.

La derecha no tiene respuestas particulares a las premoniciones del futuro –concluye la columnista de *The Guardian*–, pero siempre ha sido buena para desparramar temores a los cuatro vientos. Cuando la izquierda pierde su optimismo comienza entonces a ver en riesgo su permanencia en el poder. La de Suecia se trata de una prueba que el Laborismo británico observa muy de cerca.

**Artículo de referencia:** Toynbee, Polly, “The most successful society the world has ever known”, *The Guardian*, 25 de octubre de 2005.

# El papel del Congreso en la guerra contra el terror

**Andrew J. Bacevich explica por qué el Congreso de los EEUU, a la luz de los resultados de la guerra en Irak, debería recuperar y ejercer las facultades que, en materia bélica, le otorga la Constitución.**

Independientemente de los resultados cuestionables y sombríos que hasta el momento ha tenido la denominada *guerra contra el terror* en relación con el supuesto reforzamiento de la seguridad y la paz en Medio Oriente y en todo el mundo que prometían sus ideólogos, lo cierto es que comienzan a hacerse oír más críticas sobre el papel complaciente jugado, en primer lugar, por los Demócratas como partido de la oposición y, en segundo, por el mismo Congreso estadounidense durante el desarrollo de las acciones bélicas. En cuanto a los primeros, mucho tendría que ver la debilidad de un partido que no ha podido recuperarse de sendas derrotas de 2000 y 2004, y que ha sido incapaz aún de encontrar un liderazgo vertebrador. En lo que refiere al Congreso, cuyas facultades asignadas por la Constitución son mayores que las que ha hecho valer hasta el momento, habría también razones históricas

en esta suerte de relegamiento a favor del Ejecutivo.

En relación con este tema, *The New York Times* publica una columna de Andrew J. Bacevich, experto en relaciones internacionales de la Universidad de Boston y autor entre otros libros de *The New American Militarism: How Americans are Seduced by War* (2005), en la que critica el papel jugado por el legislativo de EEUU en el conflicto de Irak y su falta de decisión para poner límites a los impulsos bélicos de la administración Bush. Dice Bacevich que no es correcto, como suele afirmar la Secretaria de Estado Condoleezza Rice, que el presidente de los EEUU se reserve todas las opciones en la guerra contra el terrorismo y en la guerra de Irak. Por el contrario, el tema de las facultades en materia bélica reclama una urgente atención. En el mundo post 11-S ¿qué límites, si caben aún, existen sobre la autoridad del presidente

para el uso de la fuerza? pregunta Andrew. La Constitución se refiere con claridad al tema –explica el columnista– en su Art. I, Sección 8, cuando asigna al Congreso la autoridad para “declarar la guerra”. Después de 1945, sin embargo, las exigencias percibidas a partir de la guerra fría casi anularon esta previsión. En este contexto, cuando llegó el momento de hacer uso de la fuerza los presidentes gozaron de un amplio poder discrecional, enviando tropas al campo de batalla y notificando *ex post* al Congreso. Desde entonces, nunca más el Poder Legislativo declaró una guerra; como mucho –continúa Andrews– extendió cheques en blanco, de los cuales la Casa Blanca hizo uso en la forma que más le convenía. Algunos esfuerzos ocasionales se hicieron por limitar la libertad de acción presidencial pero pocos resultados consiguieron.

Después del 11-S la administración Bush tardó poco en expandir aun más las prerrogativas del Ejecutivo, explica Andrews. En su carácter de Comandante en Jefe comprometió a la Nación en una guerra a escala global con final abierto. Basado en la premisa de que erradicar el terrorismo significaba marchar permanentemente a la ofensiva, promulgó la doctrina de la *guerra preventiva*. En el Capitolio, en tanto, la respuesta a esta dramática afirmación de la autoridad presidencial resultó entre necia y morosa, afirma el columnista. Con la administración preparando la invasión a Irak, el Congreso solo fue capaz de dar al presidente, en octubre de 2002, las instrucciones para “defender la seguridad nacional de los EEUU contra la amenaza planteada por Irak”. Lo cual fue interpretado por Bush como un mandato para proseguir la guerra en la forma que considerara

más conveniente. La breve historia de la guerra global de EEUU contra el terror –advierte Andrews– demuestra la locura que significa dar vía libre al Poder Ejecutivo para determinar el alcance y la gestión del conflicto. En este sentido –continúa–, la deferencia legislativa hacia la fijación de Bush con Saddam Hussein ha supuesto un costo altísimo para los EEUU. Seguir alimentando esa locura solo redundará en mayores costos para el país. Más aún, un ataque a Siria o Irán, deslizado alguna vez por el presidente, tendría como resultado una profunda reacción.

Con la intención de preservar la seguridad nacional, las generaciones precedentes dotaron a quien ocupara el Salón Oval de la autoridad para desatar un *Armagedón*. La urgencia percibida, a partir de la amenaza de la Unión Soviética, terminó primando sobre los escrúpulos constitucionales, explica Andrews. La propagación generalizada del temor al viejo enemigo soviético significó la posibilidad de declarar la guerra en un instante, bajo el mando de un hombre que diera las órdenes. Pero derrotar a los *ihadistas* de hoy –advierte el especialista en relaciones internacionales–, que difícilmente se impresionan frente a la perspectiva de morir incinerados, requiere de una estrategia diferente. “La victoria llegará cuando hayamos logrado privar al islamismo radical y violento de sus reclamos de legitimidad. La incorporación del poder militar dentro de ese esfuerzo requerirá de prudencia, pues ya hemos podido apreciar las consecuencias que conlleva actuar precipitadamente. Además, y no menos importante, el sostenimiento de los compromisos militares adoptados demandará un consenso nacional, que existía después

del 11-S pero que la presente administración despilfarró desde entonces”.

En la actualidad, para resguardar la seguridad nacional –señala Andrews– es necesario poner freno a los poderes del presidente para hacer la guerra. El Congreso, que hasta el momento se ha comportado en forma complaciente, debe reclamar la autoridad institucional conferida para sí por la Constitución. En tiempos de guerra

–concluye el columnista del *The New York Times*– la responsabilidad primaria del Poder Legislativo no es apoyar al Comandante en Jefe, sino aplicar un juicio independiente. Se trata de una obligación que trasciende los criterios partidarios. Aquellos miembros del Congreso que carecen del ingenio o el coraje moral para cumplir con esta obligación deberían asumir su responsabilidad frente a los votantes.

**Artículo de referencia:** Bacevich, Andrew J.,  
“War Powers in the Age of Terror”,  
en *The New York Times*, 31 de octubre de 2005.



**Dirección General de  
Cultura y Educación**  
Gobierno de la Provincia  
de Buenos Aires